

TERENCIO:

LA SUEGRA

Introducción, versión y notas  
de **José Juan Del Col**

#### NOTA BENE

En atención a los lectores que ignoren el latín, traducimos la palabras o frases de ese idioma que se citen en el presente trabajo. Por el mismo motivo, en relación con la ortografía española, atildamos las palabras latinas esdrújulas, pero no las graves o llanas terminadas en consonante, advirtiendo que en estas el acento prosódico cae en la penúltima sílaba; advertimos además que no hay palabras latinas agudas.

## INTRODUCCION

1. En el número anterior de estos CUADERNOS DEL INSTITUTO SUPERIOR “JUAN XXIII” se publicó la traducción al castellano de *Formión* de Terencio, que, salvo mejor aviso, es la primera que se llevó a cabo en América. Lo mismo cabe decir de *La suegra*, otra pieza del gentil comediógrafo latino, que se edita en este número.

2. *La suegra* es, como *Formión* y las cuatro restantes del teatro terenciano, una comedia *palliata*, es decir, de trama e indumentaria griega, relacionada con la Comedia Nueva Ática.

3. Al igual que *Formión*, deriva de Apolodoro de Caristo, el último representante de dicha Comedia, y no ya de Menandro, el astro de la misma, del cual provienen, en cambio, las otras cuatro piezas terencianas. Es cierto que el mejor manuscrito de Terencio, el *Bembinus*, trae en la didascalía la lección *graeca Menandru* (griega de Menandro), en discrepancia con la lección *graeca Apollodoru* (o *Apollodori*), que es avalada por el siguiente comentario de Donato: *Haec fábula Apollodori dicitur esse graeca* (Se dice que esta pieza es griega, de Apolodoro). Pero Rubio, analizado el caso, da como definitivas estas conclusiones a que ya había llegado Hildebrandt en el siglo pasado: a) Terencio imitó exclusivamente la *Hécyra* de Apolodoro; b) nunca existió una *Hécyra* de Menandro.<sup>1</sup>

4. *La suegra* es una comedia *statária*, o sea de acción sosegada, pobre de intriga, pero rica en diálogos: “todo el desarrollo —afirma Rubio— se reduce a discusiones, exámenes de conciencia y análisis psicológicos”.<sup>2</sup>

5. La pieza fue representada, durante la vida del poeta, tres veces: la primera en 165 y las otras dos en 160 a. de J.C. Por el segundo prólogo de la misma nos enteramos de que su representación sufrió dos chascos seguidos: la primera vez el público dejó plantados a los actores apenas cundió la noticia de un pugilato y de exhibiciones de un volatinero; la segunda vez, no bien corrió la voz de un espectáculo de gladiadores.

Fue por la porfía de Ambivio Turpión, director de teatro y a la vez primer actor, que la comedia logró afirmarse en una tercera representación. Por la cronología de las magistraturas nombradas en su didascalía, se desprende que tal representación ocurrió en la primera quincena de setiembre del año 160 durante los Juegos Romanos. Fue también la última que se dio antes de que Terencio emprendiera su viaje al mundo griego, en cuyo transcurso —al regresar— halló la muerte.

6. *La suegra* es una comedia netamente sentimental, seria, melancólica, e incluso de tono lloroso. En ella, como advierte Pichón, no se encuentra el menor chiste.<sup>3</sup> Humbert afirma que *La suegra* y *El atormentador de sí mismo* son “verdaderamente pequeños dramas” y supone que por tales piezas no se engañaba Diderot cuando veía en Terencio el antepasado y el modelo de la moderna comedia sentimental.<sup>4</sup> Sin duda, más que *El atormentador de sí mismo* es un drama *La suegra*. Es “el drama más fino de Terencio”, dice Serafini;<sup>5</sup> “finísimo drama interior”, dice Bignone;<sup>6</sup> “un drama de familia”, dice Pichón;<sup>7</sup> “un verdadero cuadro de familia”, dice Schlegel.<sup>8</sup> Con todo, Ashmore conceptúa *La suegra* como “la pieza de menos mérito”;<sup>9</sup> Pierron a su vez escribe: “El interés de esta comedia no es extraordinario; su acción es fría y lánguida. Probablemente hubiese podido escoger Terencio algo mejor en

<sup>1</sup> Rubio, III, pp. 16-22.

<sup>2</sup> Rubio, III, p. 15.

<sup>3</sup> Pichon, p. 78.

<sup>4</sup> Humbert, pp. 59-60.

<sup>5</sup> Serafini, p. 44.

<sup>6</sup> Bignone, p. 68.

<sup>7</sup> Pichon, p. 78.

<sup>8</sup> Cf. Pierron, p. 123.

<sup>9</sup> Ashmore, introd., p. 33.

el teatro de Apolodoro. No quiere decir esto que se note en ella la falta de sus cualidades habituales; pero era preciso un genio distinto del suyo para animar aquellas figuras, y tal vez otro procedimiento dramático para obtener de aquel asunto algo más de lo que Terencio nos ofrece”.<sup>10</sup> Coppola llega a afirmar a propósito de *La suegra*: “Terencio ha compuesto una comedia desigual, falsa y, en una palabra, equivocada”.<sup>11</sup> Resultan raras semejantes apreciaciones de Ashmore, Pierron y Coppola; pareciera que dichos autores están bajo la impresión del reiterado fracaso que le tocó sufrir a la pieza. Pero debe tenerse en cuenta que, a pesar de tal fracaso, Terencio siguió cuidando y amando *La suegra* como la niña de sus ojos. Señal de que ella reflejaba con más fidelidad su alma e ideales de artista. Justamente por su tono más íntimo, más sentimental, más idealista y más moralizador, la crítica actual reconoce en *La suegra* la comedia más característicamente terenciana. Así Serafini escribe: “*La suegra* es la más terenciana de las comedias de Terencio: la que revela mejor la flor de su alma”;<sup>12</sup> y Paratore: “Por cierto *La suegra* es la más terenciana de las comedias de Terencio, y con sus largas vicisitudes parece haber constituido, amén de la hija predilecta del autor —precisamente por ser la más desgraciada—, también la sustancia de toda la más pura espiritualidad terenciana, el aljibe de su poesía mejor y por ende el trampolín para todas sus afirmaciones artísticas”.<sup>13</sup> Y es muy significativo que Diderot estimara *La suegra* como el prototipo del drama burgués;<sup>14</sup> en realidad, según observa J. Coromines, “la pieza nos hace el efecto de un drama burgués moderno más que de una comedia antigua”.<sup>15</sup>

7. Y puede advertirse su influencia en la literatura dramática moderna. Ludovico Ariosto en *Negromante* deriva situaciones de *La suegra*, como de *La andria* y *Formión*. Benedetto Varchi en *La Suocera* (1557) unas veces traduce y para lo demás sigue paso a paso la homónima pieza terenciana. En ella se basa la *Charitable Association* de H. Brooke. Y en ella debió de inspirarse Cervantes en *La fuerza de la sangre*.

8. En la traducción que aquí se ofrece, se ha seguido, de ordinario, la edición crítica de Lindsay-Kauer<sup>16</sup> o la de Marouzeau.<sup>17</sup>

---

<sup>10</sup> Pierron, p. 123.

<sup>11</sup> Cf. Stella, p. 31.

<sup>12</sup> Serafini, p. 45.

<sup>13</sup> Paratore, SLL, pp. 113-114.

<sup>14</sup> Cf. Marouzeau, III, p. 19.

<sup>15</sup> Coromines, IV, p. 17.

<sup>16</sup> Ver Bibliografía, p. 31.

<sup>17</sup> Marouzeau, III, pp. 21-87.

# LA SUEGRA (HÉCYRA) <sup>1</sup>

## DIDASCALIA<sup>2</sup>

### I (según el códice Bembino)<sup>3</sup>

He aquí *La suegra* de Terencio. Se puso en escena en los Juegos Megalenses,<sup>4</sup> siendo ediles curules<sup>5</sup> Sexto Julio César y Cneo Cornelio Dolabela.<sup>6</sup>

Compuso la música<sup>7</sup> Flaco, esclavo de Claudio;<sup>8</sup> la ejecución<sup>9</sup> se realizó toda con flautas iguales.<sup>10</sup> El original es griego, de Menandro.<sup>11</sup> Es la quinta comedia del autor. La primera vez careció de prólogo. Otra vez se puso en escena durante el consulado de Cneo Octavio y Tito Manlio en los Juegos Fúnebres en honor de Lucio Emilio Paulo.<sup>12</sup> No agradó. Por tercera vez se puso en escena siendo ediles curules Quinto Fulvio

<sup>1</sup> *Hécyrá* en el texto latino. Más propiamente sería *Hécúra* (*Hekurá*, en griego), puesto que solo en tiempos de Cicerón la ípsilon griega se transcribió “y” en el alfabeto latino. *Hécyrá* significa suegra, pero con el sentido limitado a madre del marido, así como *hekurós* se decía del padre del marido.

<sup>2</sup> Originariamente la palabra “didascalia” designaba el ensayo de coros y diálogos dramáticos conforme a las instrucciones del autor de la pieza; pasó luego a significar el mismo drama o su representación y, en fin, las listas de los certámenes dramáticos tanto de tragedias como de comedias. Estas listas eran, en Atenas, de carácter oficial, ya que se conservaban en los archivos del Estado. La registración de dramas se estiló también en Roma. La didascalia era pues algo así como nuestra documentación para el registro de propiedad literaria y como el encabezamiento y el colofón de nuestros libretos.

<sup>3</sup> Se trata del *Vaticanus Latinus*, indicado por la letra A (n. 3226 de la Biblioteca Vaticana). Se acostumbra llamarlo *Bembinus* por haber pertenecido primeramente a Bernardo Bembo y después a su hijo, el cardenal Pedro Bembo (1470-1547). Es el manuscrito más antiguo del teatro terenciano: se remonta a fines del siglo IV o comienzos del V; y es a la vez el más autorizado.

<sup>4</sup> Había en Roma cinco solemnidades anuales con representaciones escénicas, pero parece que Terencio sólo intervino en dos de ellas, a saber en los Juegos Romanos y en los Juegos Megalenses; también participó en los Juegos fúnebres en honor de L. Emilio Paulo. Los Juegos Megalenses se celebraban, a fines de la República, del 4 al 14 de abril, conmemorando la traslación a Roma de la piedra que representaba a Cibeles desde su primitivo santuario de Pesinonte (Frigia, Asia Menor). Esa traslación, efectuada por consejo de los libros sibilinos en la época de la segunda guerra púnica, y precisamente en el año 205, señaló la introducción en Roma del culto en honor de Cibeles. Cibeles, antigua divinidad de origen frigio, pero asimilada por la mitología griega, era llamada la Gran (*megále* en griego; de donde megalenses) Madre, por hallarse enlazada al culto de la Tierra (Tierra-Madre, fuente de vida) y por haber engendrado a los más importantes dioses del Olimpo (por lo cual se la denominaba también “madre de todos los dioses”).

<sup>5</sup> Eran, en Roma, magistrados de orden inferior, que tenían derecho a la silla curul. A ellos, ya en tiempos de Terencio, les estaban confiadas la organización y la superintendencia de los Juegos Romanos y de los Megalenses.

<sup>6</sup> Fueron ediles curules en el año 165 a. de J. C., año del primer intento frustrado de representación de esta pieza (cf. Introducción, n° 5).

<sup>7</sup> Es decir, la música de los *cántica*. La comedia latina constaba de partes habladas (*diverbia*, diálogos) y de partes cantadas (*cántica*, cantos). Según Beare, el *cánticum* era una declamación rítmica hecha por un actor y sostenida por la melodía de un flautista.

<sup>8</sup> El texto latino dice simplemente *Flaccus Claudi*. Se sobrentiende *servus* (o *servos*). *Servus* para unos autores es esclavo; para otros, liberto; para otros, ora esclavo y ora liberto; para otros, simplemente criado. La expresión elíptica *Flaccus Claudi* se encuentra en la didascalia de todas las piezas de Terencio. Flaco compuso pues la música para todas ellas. Nada más sabemos de él. Y nada en absoluto sabemos de su patrón Claudio.

<sup>9</sup> A cargo, ordinariamente, del mismo compositor de la música.

<sup>10</sup> Es decir, de la misma especie: o ambas derechas o ambas izquierdas. Las derechas servían para producir sonidos graves; las izquierdas, para el tiple (o sea, generalmente hablando, para los sonidos agudos). De ordinario, los autores identifican las flautas iguales con dos derechas.

<sup>11</sup> Ver Introducción, n° 3.

<sup>12</sup> Cneo Octavio y Tito Manlio fueron cónsules en 165 a. de J. C. A continuación se menciona el segundo fracaso ocurrido en los Juegos fúnebres en honor de Lucio Emilio Paulo; como consta que tales juegos se celebraron en el año 160, la apuntada nómina de los cónsules es evidentemente errónea. Los Juegos fúnebres eran los que se realizaban en honor de difuntos esclarecidos. Según Plinio, su institución se debe a Ascanio (o *Iulus*), hijo de Eneas y de Creúsa, que era considerado como origen y estirpe de la *gens Júlia*. — Lucio Emilio Paulo apodado el Macedónico, hijo del que, cuando cónsul, murió en la batalla de Cannas, fue edil y pretor en la España ulterior; cónsul en 182 a. de J. C. y vencedor de los piratas ligures; cónsul nuevamente en 168 y vencedor de Perseo, rey macedonio, en Pidna (ciudad de Macedonia; de ahí el sobrenombre de Macedónico); murió siendo censor en el año 160. Con motivo de sus funerales se representaron *La suegra* y *Los hermanos*. Amén de destacarse en la política y las armas, se destacó en la elocuencia y en el conocimiento de la lengua griega. (*Diccionario del Mundo Clásico*, s. v. Emilios, n. 24).

y Lucio Marcio;<sup>13</sup> la representaron<sup>14</sup> Lucio Ambivio y Lucio Sergio Turpión.<sup>15</sup> Esta vez agradó.

## II (según los manuscritos de *Calliopus*)<sup>16</sup>

He aquí *La suegra* (de Terencio). Se puso en escena en los Juegos Romanos,<sup>17</sup> siendo ediles curules Sexto Julio César y Cneo Cornelio. No se llevó a término. Compuso la música Flaco, esclavo de Claudio; la ejecución se realizó toda con flautas iguales. Por segunda vez se puso en escena durante el consulado de Cneo Octavio y Tito Manlio en los Juegos Fúnebres en honor de Lucio Emilio Paulo. Por tercera vez se puso en escena siendo ediles curules Quinto Fulvio y Lucio Marcio.

## III (según la adaptación de datos propuesta por Marouzeau)<sup>18</sup>

Se puso en escena en los Juegos Megalenses, siendo ediles curules Sexto Julio César y Cneo Cornelio Dolabela; no se llevó a término.

La representó Lucio Ambivio Turpión.

Compuso la música Flaco, esclavo de Claudio; la ejecución se realizó toda con flautas iguales.

Es griega, de Apolodoro.<sup>19</sup>

Fue la quinta en ser llevada a cabo.

Primeramente se puso en escena sin prólogo, durante el consulado de Cneo Octavio y Tito Manlio. Otra vez se puso en escena en los Juegos Fúnebres en honor de Lucio Emilio Paulo, pero no agradó. Por tercera vez se puso en escena siendo ediles curules Quinto Fulvio y Lucio Marcio; y esta vez agradó.

## PERÍOCA DE CAYO SULPICIO APOLINAR<sup>20</sup>

Pánfilo se casa con Filomena. Precedentemente la había violado sin conocerla y le había sacado a

<sup>13</sup> Quinto Fulvio y Lucio Marcio fueron ediles curules en 160 a. de J. C. Presumiblemente esta tercera representación tuvo lugar en los Juegos Romanos.

<sup>14</sup> La representación estaba a cargo de un *dóminus gregis*. Era, este, el director de la compañía cómica y a la vez el actor principal, pero también era el empresario. Con él pues se entendían los magistrados para la elección de las piezas, o le daban carta blanca al respecto; con él hacían el presupuesto de los gastos, y a él se los abonaban. El después se encargaba de todo (reclutamiento y ensayos de la compañía, aparato escénico, etc.).

<sup>15</sup> Lucio Ambivio Turpión es el famoso *dóminus gregis* cuyo ascendiente, habilidad y tesón posibilitaron el triunfo en la escena, ya de Terencio, ya, anteriormente, de Cecilio. Según las didascalias, cuidó de la representación de todo el teatro terenciano. Lucio Sergio Turpión es un desconocido prescindiendo del informe que nos proporciona la presente didascalia. Siendo nombrados dos *dómini gregis*, hay que suponer que se reunieran para la misma representación dos compañías (*catervae* o *greges*. La Magna, *Phormio*, p. 24, nota 6); algún autor se muestra propenso a admitir tanto una idéntica representación con dos compañías distintas como dos distintas representaciones con distintos *dómini gregis* al frente de sendas compañías (Colombo, pp. 23-24).

<sup>16</sup> *Calliopus* es un sabio del Renacimiento bizantino o, según Lindsay (cit. por Paratore, STL, p. 167), un inepto discípulo de aquel. El conjunto de manuscritos revisados por *Calliopus* constituyen la así llamada “recensión caliopea” (*recensio Calliopianana*), que se designa colectivamente por la letra sigma mayúscula.

<sup>17</sup> No en los Juegos Romanos, sino en los Juegos Megalenses, según el código Bembino. Se cree que la tercera representación tuvo lugar en los Juegos Romanos del año 160.

<sup>18</sup> Marouzeau, III, p. 23.

<sup>19</sup> Ver Introducción, n° 3.

<sup>20</sup> Períoca (*Períocho*) significa ‘sumario’, ‘compendio’. Se escribieron períocas para resumir los argumentos de las comedias de Plauto y Terencio, como asimismo de los libros de la *Eneida*. Las períocas del teatro terenciano y de la *Eneida*, y quizá también las no acrósticas del teatro plautino, fueron redactadas por C. Sulpicio Apolinar (gramático y retórico del siglo II de nuestra era, nacido en Cartago, y que fue maestro del escritor Aulo Gelio y del emperador Pértinax: *Diccionario del mundo clásico*, s. v. Sulpicios, 1). Las períocas de las piezas de Terencio constan, cada una, de doce versos senarios yámbicos (las de la *Eneida*, de seis hexámetros). Están compuestas sobre el modelo de las *hypothéseis* (temas, argumentos) griegas, de las cuales nos ha conservado un ejemplo para el *Heros* de Menandro un papiro de Aftoditópolis. Su estilo, como bien hace notar Marouzeau, es conciso, obscuro, desgarrado y rayano en la incorrección (I, p. 105). Por eso, es tan solo en fuerza de la tradición —advierte a su vez Rubio— si los pobres sumarios de C. Sulpicio Apolinar siguen teniendo en nuestras ediciones de Terencio el honor de preceder las piezas de este (I, p. XXIII).

viva fuerza un anillo que le obsequió a su amiga, la meretriz Baquis. Luego, sin haber aún tocado a su mujer, partió para Imbros.<sup>21</sup> La madre de Filomena advierte que esta se halla embarazada; a fin de que no se entere la suegra, la lleva a su propia casa como si estuviera enferma. Regresa Pánfilo; descubre el parto; mantiene el secreto; sin embargo, no quiere volver a tomar a la mujer. Su padre atribuye tal actitud al amor por Baquis. Mientras esta se sincera, Mirrina reconoce por casualidad el anillo de la hija que fuera violada.

---

<sup>21</sup> Imbros o Imbro, isla del mar Tracio, al sur de Samotracia, no lejos de los Dardanelos. Antiguamente estuvo por largo tiempo bajo la dominación de Atenas; en la actualidad pertenece a Turquía. También la ciudad capital de la isla se llamaba Imbros.

## PERSONAJES<sup>22</sup>

(PRÓLOGO).

LAQUES, anciano (padre de Pánfilo).

FIDIPO, anciano (padre de Filomena).

PÁNFILO, joven (hijo de Laques y Sóstrata, esposo de Filomena).

MIRRINA, esposa (de Fidipo).

SÓSTRATA, esposa (de Laques).

SIRA, anciana (casamentera).

BAQUIS, meretriz (amiga de Pánfilo).

FILOTIS, meretriz (amiga de Baquis).

PARMENÓN, esclavo (de Laques).

SOSIA, esclavo (de Pánfilo).

(EL CANTOR).

### *Personajes que no hablan*

FILOMENA, joven (hija de Fidipo y Mirrina).

ESCIRTO, esclavo (de Pánfilo).

UNA NODRIZA.

DOS CRIADAS (de Baquis).

---

<sup>22</sup> Ningún códice trae la lista de personajes. Ciertos códices, sin embargo, traen en su lugar la ilustración de un pequeño edificio con las máscaras de los personajes que intervienen y que están indicados por sendos nombres yuxtapuestos. Tales nombres y además los títulos de las escenas permitieron formar dicha lista. En las ediciones críticas de las comedias de Terencio, para cada personaje se indica escuetamente, al lado del nombre del personaje, su edad o condición o profesión, como *senex*, anciano, *libertus*, liberto, *obstetrix*, partera, etc. Pero en las traducciones se acostumbra ampliar la información señalando las relaciones de parentesco, de amor o amistad, de servidumbre, o alguna otra circunstancia aclaratoria, como la procedencia.



## PRIMER PRÓLOGO (escrito para la segunda representación)<sup>23</sup>

Esta comedia se titula *La suegra*. Cuando se puso en escena por primera vez, le sobrevino un lance malhadado y sin precedentes, tal que ni pudo ser vista ni apreciada. Resulta que el público desertó atraído por un funámbulo,<sup>24</sup> en cuyas acrobacias quedó luego absorto. A la verdad, la pieza es ahora como nueva;<sup>25</sup> el que la ha compuesto no quiso entonces que se tornase a representar,<sup>26</sup> simplemente para poder vender otra vez el libreto.<sup>27</sup> Ya conocen otras piezas de él;<sup>28</sup> les ruego pues que tomen conocimiento también de esta.

---

<sup>23</sup> En alguna comedia ática del siglo IV a. de J. C. se puede hallar un prólogo que ostenta una exposición del argumento y a la vez una breve apología de la obra y de su autor; pero normalmente la comedia nueva lleva un “prólogo - exposición”. Los de Terencio, en cambio, ni una vez son prólogos expositivos, sino siempre y exclusivamente apologéticos. Hacen, en efecto, una apología de su obra, pero de ordinario, más que para encarecerla, para defenderla de la denigración, acusaciones y ataques de los rivales literarios. El prólogo que aquí se consigna fue escrito para la segunda tentativa de representación de *La suegra*, que se verificó en el año 160 a. de J. C., con motivo de los Juegos fúnebres en honor de L. Emilio Paulo (cf. *Introducción*, n° 5, y nota 12, p. 5).

<sup>24</sup> Los funámbulos eran siempre esclavos de categoría. Ora se valían de balancín o contrapeso, ora no, como se desprende de los frescos de Pompeya. Sus primeras exhibiciones se remontan al siglo II a. de J. C.

<sup>25</sup> Como nueva, por no haberse estrenado todavía; simplemente había habido un intento de representación. Ashmore ve en la expresión “como nueva” una alusión a una innovación de la comedia, que le habría consentido a Terencio negociar por segunda vez (notas, p. 215).

<sup>26</sup> Es decir, que se intentara nuevamente la representación después del espectáculo del volatinero.

<sup>27</sup> Los dramaturgos vendían sus piezas a los ediles, como consta por el prólogo del *Eunuco*, verso 20. Terencio asegura por boca del prologuista que el único móvil que lo indujo a no admitir una segunda representación después de los ejercicios del equilibrista, fue el deseo de sacar un nuevo provecho pecuniario al hacer, para otra fiesta, una nueva venta del libreto. Así interpretamos con Abril (*Publio Terencio Afer*: vol. *La andriana — La suegra — El atormentador de sí mismo*, p. 67), Chambry (I, p. 377), Marouzeau (III, p. 27), Ronconi (p. 221)... Pero indudablemente resulta extraña esa declaración de avaricia por parte del comediógrafo. Debido a eso, Bindí opina que aquel prefirió pasar por avaro a confesar ingenuamente el miedo que en realidad experimentara entonces de que la pieza sufriese otro chasco, por estar ya disipado el público a causa del espectáculo del funámbulo (Stella, p. 48). Después del pasaje citado, la mayoría de los editores suponen una laguna. Entonces, si bien puede seguir en pie la interpretación anterior (cf., v. gr., Stella, *loc. cit.*; y Sargeant, II, p. 127), caben interpretaciones diversas y aun la interpretación netamente contraria. A fin de captar mejor el presente análisis, es bueno tener a la vista el texto latino, que reza así: *et is qui scripsit hanc ob eam rem noluit / óterum referre ut iterum possit vèndere* (versos 6-7). En nuestra traducción hicimos caso omiso de “et” como de una redundancia (siguiendo en esto a Abril, Sargeant, Chambry, Ronconi) y consideramos la expresión “ob eam rem” como que puntualiza y encarece la oración final “ut iterum possit vèndere” (siguiendo a Ashmore, notas, p. 215, 6-7). Pero guardando “et” y tomando “ob eam rem” como mera prolepsis de la oración final, parece que el pensamiento queda inconcluso y que por lo tanto es forzoso admitir una laguna en el prólogo. La traducción resultaría pues la siguiente: “y el que la ha compuesto no quiso entonces que se tornase a representar para poder vender otra vez el libreto...[Laguna]”. Tal es, con leves variantes formales, la interpretación de Voltes Bou (p. 223). J. Coromines, precedido por otros en su interpretación (cf. Marouzeau, II, p. 27, nota 2) traduce resueltamente: “Y si el que la ha escrito no quiso que se tornase a representar, no es a fin de poderla vender otra vez”, comentando al pie de página: “El verso que aquí se habría perdido debía decir ‘sino para que el público pudiera apreciar sus méritos’ o algo parecido” (IV, p. 27). También Ashmore señala una laguna y en sus notas (p. 215, 7) declara: “Se puede suponer que él (Terencio) la vuelva a poner en escena (la pieza) a sus expensas. Sea como fuere, él renuncia a todo deseo de ofrecer nuevamente la pieza por dinero. Es probable que Terencio completaría su pensamiento en los versos que llenaban la laguna marcada en el texto”. Debe advertirse, con todo, que la laguna en cuestión es una mera suposición, ya que Donato reconoce completo el texto o por lo menos no muestra sospechar que falte algo (cf. Coromines, IV, p. 27, nota 2).

<sup>28</sup> Como el primer prólogo fue escrito para el segundo intento de representación de la pieza, el público ya conocía todas las demás piezas de Terencio excepto *Los hermanos*. En efecto, según la generalidad de los autores el orden de representación de sus comedias es este: *La andria* en 166 a. de J. C.; *La suegra* (primer chasco) en 165; *El atormentador de sí mismo* en 163; *El eunuco* y *Formión* en 161; *La suegra* (segundo chasco), *Los hermanos* y *La suegra* (representación con éxito) en 160.

## SEGUNDO PRÓLOGO (escrito para la tercera representación)<sup>29</sup>

Como abogado me presento a ustedes, si bien con atavío de Prologuista.<sup>30</sup> Dejen que explique y consiga, ahora que soy viejo, disfrutar del mismo derecho de que gocé siendo joven, cuando logré que se afianzaran comedias que la primera vez habían fracasado, y así no desaparecieran juntamente con su autor. Es el caso de las piezas de Cecilio.<sup>31</sup> Cuando, recién compuestas, las recité por primera vez, en unas fui silbado y en otras a duras penas me mantuve en pie. Como sabía que es fluctuante la suerte del teatro, por eso quise tomarme, sin esperanza cierta, un trabajo seguro. Me di pues a repetir aquellas piezas, para así obtener del autor nuevos originales, y lo hice con empeño, a fin de mantener su entusiasmo. El resultado fue que se las vio; y una vez conocidas, agradaron. De esta manera volví a poner en su lugar al poeta que ya por la malicia de sus adversarios, casi se había apartado de su afición y del cultivo del arte dramático. Si yo, en cambio, hubiese por entonces desdeñado esos dramas y hubiese querido emprender la tarea de persuadirle a desentenderse de comedias en vez de dedicarse a ellas, fácilmente le habría quitado la gana de componer otras.

Ahora, por deferencia hacia mí, presten atención benévola a lo que les pido. Vuelvo a poner en escena la Hécyra, que nunca me fue dado recitar frente a un público silencioso: ¡tanto se ensañó con ella la mala suerte! Pero esta mala suerte, la hará cesar la inteligencia de ustedes colaborando con nuestra diligencia en la ejecución. La primera vez que emprendí su representación, la noticia de un pugilato (a la que se añadió la expectativa de ver a un funámbulo), la turbamulta de los simpatizantes, el bochinche, el griterío de las mujeres me obligaron a retirarme de las tablas antes de tiempo. La pieza había quedado sin estrenar. Y bien, según mi antigua costumbre, volví a probar fortuna. La represento, pues, de nuevo. Al comienzo agradó, pero he ahí que corre la voz de un espectáculo de gladiadores. Allá vuela el público; arman alboroto, gritan, se pelean disputándose los puestos; yo, mientras tanto, no pude conservar el mío. Ahora no hay bullicio; hay calma y silencio; se me ha dado tiempo adecuado para recitar, y a ustedes se les da la oportunidad de realzar los espectáculos dramáticos; no consientan en que el arte teatral pase a ser privilegio de unos pocos; hagan de manera que el prestigio de ustedes favorezca y ayude al mío. Si jamás fijé con codicia el precio para mi arte y si me persuadí de que mi mayor ganancia es prestar el mayor servicio a los intereses de ustedes, déjenme obtener que el que confió a mi tutela sus dotes, y su persona a la lealtad de ustedes, no tenga que comprobar que los malignos malignamente lo aprietan y vejan con sus mofas. En atención a mí, amparen esta causa y guarden silencio, de suerte que a otros les resulte grato componer y a mí provechoso montar en lo sucesivo comedias nuevas, pagadas de mi bolsillo.<sup>32</sup>

---

<sup>29</sup> Esto es, para la representación que finalmente fue coronada por el éxito y que tuvo lugar en los Juegos Romanos del año 160 (cf. Introducción, n° 5).

<sup>30</sup> El Prologuista, que normalmente era joven (cf. *El atormentador de sí mismo*, versos 1-2: "Para que ninguno de ustedes se extrañe de que el poeta haya confiado a un anciano un papel que es propio de jóvenes..."), tenía en la mano un ramo de olivo o de laurel con cintas enlazadas; y quizás llevaba un traje o disfraz especial (cf. Stella, p. 50, nota al v. 9). Dicho traje o disfraz era, según Fabia, el que correspondía al tipo del *adulescens* (joven); y el ramo de olivo, según el mismo crítico, indicaba que el Prologuista era un personaje que suplicaba a favor de la pieza. Saunders, empero, prueba que el Prologuista no siempre aparecía con un ramo de olivo en la mano y que su cometido lo desempeñaba, no un *adulescens* típico, sino cualquier hombre joven (Duckworth, p. 92). Aquí el prologuista no puede ser sino L. Ambivio Turpión, pues él, y no otro, es quien logró llevar al éxito el teatro de Cecilio y Terencio (cf. nota 15, p. 6).

<sup>31</sup> La alusión es a Cecilio Estacio, notable comediógrafo; el mejor de los romanos, en sentir de Volcacio Sedígito y Cicerón.

<sup>32</sup> Ver nota 14, p.6.

## ACTO PRIMERO

### Escena I

FILOTIS, SIRA<sup>33</sup>

FILOTIS — (*Saliendo con Sira de la casa de Baquis.*) Por Pólux, Sira, que se hallan muy pocos amigos que permanezcan fieles a las meretrices. Ese Pánfilo, por ejemplo, cuántas veces le juraba a Baquis y con qué solemnidad —cualquiera habría podido darle crédito fácilmente— que jamás, mientras ella viviese, llevaría esposa a su casa. Y ahí lo tienes: se ha llevado una.

SIRA — Es justamente por eso que yo no dejo de aconsejarte y encarecerte que no tengas lástima de nadie, sino que, por el contrario, despojes, mutes y destroces a todo el que te viniere a las manos.

FILOTIS — ¿No habré de exceptuar a ninguno?

SIRA — A ninguno, pues —grábatelo en la cabeza— ninguno, absolutamente ninguno de esos mariposones se llega a ti sin la tentación de halagarte y mimarte a fin de satisfacer luego su apetito contigo al menor precio posible. Dime, pues: tú, por tu parte, ¿no le armarás asechanzas a esa gentuza?

FILOTIS — No obstante, por Pólux, es injusto que yo me porte del mismo modo con todos.

SIRA — ¿Y qué? ¿Es injusto vengarse de los adversarios o, por mejor decir, envolverlos en la misma red en que tratan de envolverte a ti? ¡Ah, infeliz de mí! ¿Por qué no tendré yo tu edad y hermosura o tú mi manera de ver?

### Escena II

PARMENÓN, FILOTIS, SIRA

PARMENÓN — (*Saliendo de la casa de Laques y hablando hacia dentro.*) Si el viejo pregunta por mí, dile que acabo de ir al puerto a informarme de la llegada de Pánfilo. ¿Entiendes lo que digo, Escirto?<sup>34</sup> Si pregunta por mí, entonces dile eso; pero si no pregunta, ¡mutis!, para que en otra ocasión pueda valerme de esa excusa aún intacta. (*Dándose vuelta y viendo a Filotis.*) Pero ¿es Filotis la que veo? ¿De dónde vendrá? (*A Filotis.*) ¡Muy bienvenida, Filotis!

FILOTIS — ¡Oh, bien hallado, Parmenón!

SIRA — Por Cástor, los dioses te guarden, Parmenón.

PARMENÓN — Y a ti también, por Pólux, Sira. (*A Filotis.*) Dime, Filotis: ¿dónde te has solazado durante tanto tiempo?

FILOTIS — En verdad que no me he solazado nada, ya que de aquí me fui a Corinto con un soldado de carácter muy duro: allá, desdichada, tuve que aguantarlo dos años seguidos.

PARMENÓN — Por Pólux, supongo, Filotis, que a menudo hizo presa de ti la nostalgia de Atenas y el arrepentimiento de la decisión que habías tomado.

FILOTIS — Imposible decir cómo ansiaba regresar, dejar al soldado y volver a verlos a ustedes aquí, para gozar sin cortapisas de sus festines, como en otro tiempo; pues allá no me estaba permitido hablar sino con la autorización y conforme al gusto de él.

PARMENÓN — Me imagino que no sería tarea fácil para el soldado poner coto a tu cháchara.

FILOTIS — Pero ¿qué historia es esta? ¡Qué cosas acaba de contarme Baquis ahí, en su casa! Yo

<sup>33</sup> La meretriz Filotis y la casamentera Sira son, como observa Donato, personajes protáticos, es decir, personajes cuyo cometido es exponer el argumento del drama (protasis), retirándose luego definitivamente de la escena.

<sup>34</sup> Escirto era un esclavo; quizás el *íanitor* (llamado también *ostiarius*) o el *cubicularius*. El *íanitor* o portero vigilaba la puerta exterior, de la que tenía las llaves; permanecía sentado en una pequeña habitación a la entrada. El *cubicularius* o cubiculario (camarero) se hallaba ante la pieza de su señor y le anunciaba los visitantes. (*Diccionario del Mundo Clásico*, s. v. esclavos, 4).

jamás hubiera creído que él, mientras viviese ella, se determinara a tomar mujer.

PARMENÓN — ¡Cómo! ¿Tomar mujer?

FILOTIS — ¡Vamos! ¿Acaso no la tiene?

PARMENÓN — Sí, la tiene; pero temo que ese casamiento no sea duradero.

FILOTIS — Los dioses y las diosas hagan que así sea, si es cosa que conviene a Baquis. Pero, dime, Parmenón: ¿cómo puedo creerlo?

PARMENÓN — No es cosa para darla a conocer; deja pues de averiguar.

FILOTIS — El motivo es para que no se divulgue, ¿verdad? Pues así me favorezcan los dioses como yo te pregunto no ya para manifestarlo, sino para gozarme de saberlo secretamente, en mis adentros.

PARMENÓN — Nunca hablarás tan dulcemente como para que yo ose confiar mis espaldas a tu discreción.

FILOTIS — ¡Bah! No te hagas rogar tanto. ¡Como si tú no tuvieras mucha más gana de contar que yo de saber lo que te pregunto!

PARMENÓN — (*Aparte.*) Tienes razón. Ese es mi peor defecto. (*Alto.*) Si me das palabra de guardar secreto, te lo diré.

FILOTIS — Ahora vuelves a tu manera de ser. Te doy mi palabra. Habla, pues.

PARMENÓN — Oye.

FILOTIS — Soy toda oídos.

PARMENÓN — De nuestra Baquis estaba entonces Pánfilo más enamorado que nunca, cuando he aquí que su padre empieza a rogarle que se case y a decirle lo que comúnmente dicen todos los padres, es decir, que él es viejo, que tiene un solo hijo, que quiere un apoyo para su vejez. Al principio aquel se niega, pero luego el padre, a fuerza de insistir y apremiar, lo sumió en la mayor perplejidad sobre si debía responder antes al respeto filial o al amor. Al fin el viejo, machacando e importunando, se salió con la suya: lo desposó con una hija del señor de esa casa que linda con la nuestra. El compromiso le pareció a Pánfilo un negocio nada grave hasta que vio inminentes ya las bodas, después de advertir que estaban listos los preparativos y que no podía contar con ninguna dilación. Entonces solamente se angustió y de tal modo que la misma Baquis si hubiera estado ahí presente, creo que habría tenido compasión de él. Cada vez que le era dado aislarse para hablar a solas conmigo, me repetía: “¡Estoy perdido, Parmenón! ¡En qué lío me he metido! No podré, Parmenón, aguantar esto. ¡Ah, desdichado de mí, estoy perdido!”

FILOTIS — ¡Que los dioses y las diosas te destruyan, Laques, a ti y a esa tu porfía!

PARMENÓN — En fin, para abreviar, se trajo la mujer a casa. Aquella primera noche no tocó a la doncella; y la noche que siguió, tampoco.

FILOTIS — ¿Qué dices? ¿Es posible que un joven se haya acostado con una doncella, después de beber más que de costumbre, y haya sido capaz de abstenerse de ella? No es verosímil lo que dices; no lo creo.

PARMENÓN — Ya lo creo que así te parece; pues nadie se acerca a ti sino codiciándote; él, en cambio, se había casado contra su voluntad.

FILOTIS — ¿Y qué ocurrió después?

PARMENÓN — Apenas unos días después, Pánfilo me lleva afuera a solas y me cuenta que la doncella, por lo que a él se refiere, se halla todavía intacta, y que él, antes de llevarla a casa como esposa, había abrigado la esperanza de poder conformarse a ese casamiento. “Pero, ya que he juzgado, añade, que no la puedo tener por más tiempo, no sería decoroso para mí ni beneficioso para ella misma si la retuviera para mi holganza en vez de devolverla a los suyos intacta como me la entregaron”.

FILOTIS — En lo que me cuentas se echa de ver la honradez y delicadeza de Pánfilo.

PARMENÓN — “Dar a conocer eso, decía, yo estimo que sería perjudicial para mi reputación; y, por otro lado, devolver la doncella a su padre sin poderla acusar de culpa alguna, sería una insolencia; pero confío que ella, una vez que advierta que no puede sufrir mi compañía, terminará por irse”.

FILOTIS — ¿Y entretanto? ¿Seguía yendo a casa de Baquis?

PARMENÓN — Cada día. Pero, como es natural, al ver que ya lo había perdido, se le hizo enseguida

muy cerril y más exigente.

FILOTIS — Nada raro, por Pólux.

PARMENÓN — Pues eso fue lo que más que nada lo separó de ella, después que se estudió mejor a sí mismo, y a ella y a la otra que tenía en casa, juzgando del carácter de ambas conforme al respectivo comportamiento. Su mujer, como han de serlo las de noble naturaleza, era recatada, modesta; soportaba todos los disgustos y agravios que le deparaba el marido y disimulaba sus afrentas. Entonces el ánimo de Pánfilo, en parte porque ganado por la compasión hacia su mujer, en parte porque cansado de las insolencias de su amiga, poco a poco se apartó de Baquis y encauzó su amor hacia la otra, después que encontró en ella una índole adecuada a la suya. En el ínterin muere en Imbros un viejo pariente de mis amos; su herencia por ley les correspondía a ellos. El padre forzó a Pánfilo, enamorado ya de su esposa y que por eso mismo se resistía, a que viajara allá. Aquí dejó a la esposa con la madre; el viejo, en efecto, se ha recluido en el campo y raramente viene acá, a la ciudad.

FILOTIS — Pues ¿qué lado flaco tiene todavía el casamiento?

PARMENÓN — Ahora lo vas a oír. Al principio, por unos días, se llevaban perfectamente; pero he ahí que la nuera empezó a aborrecer a Sóstrata del modo más extraño, pues no había entre ellas litigio alguno ni jamás recriminaciones.

FILOTIS — ¿Qué había entonces?

PARMENÓN — Si alguna vez la suegra se le acercaba para conversar con ella, ella al punto se escabullía; no quería verla; al fin, cuando ya no pudo aguantarla, simula que su madre la llama para un sacrificio. Se va. Después de pasar ahí muchos días, la suegra la manda llamar. No sé qué pretexto adujeron. La manda llamar otra vez; tampoco esta vez se la envían. Después que la hubo llamado muchas veces más, le fingen que la mujer está enferma. Entonces nuestra vieja va en seguida a verla. No la dejan entrar. Ayer el viejo, luego que supo la cosa, vino del campo expresamente por eso, y sin dilación fue a hablar al padre de Filomena. Qué han concertado entre ellos, aún no lo sé; pero me devano los sesos pensando en qué ha de parar todo esto. Ahora lo sabes todo. Yo prosigo mi camino hacia donde iba.<sup>35</sup>

FILOTIS — Y yo también, pues he convenido con cierto forastero en reunirme con él.

PARMENÓN — Que los dioses favorezcan tus asuntos.

FILOTIS — ¡Que lo pases bien!

PARMENÓN — Gracias, igualmente, Filotis.

## ACTO SEGUNDO

### Escena I

LAQUES, SÓSTRATA

LAQUES — (*Saliendo de casa, seguido de su mujer.*) ¡En nombre de los dioses y de los hombres! ¡Qué clase de gente es esta! ¡Qué conspiración! ¿Será posible que todas las mujeres en todo y por todo tengan idénticas aficiones y aversiones, y que no se encuentre ni una que se aparte un tanto de las inclinaciones de las otras? Así, por ejemplo, todas las suegras unánimemente detestan a las nueras. Y por lo que concierne a los maridos, tienen igual empeño, igual terquedad en llevarles la contra. A mí me parece que todas han aprendido malicia en la misma escuela. Y en tal escuela, si existe alguna, tengo por muy cierto que mi mujer es la maestra.

SÓSTRATA — ¡Desgraciada de mí, que ignoro al presente de qué se me acusa!

LAQUES — ¡Cómo! ¿Que lo ignoras?

SÓSTRATA — Sí, así me amen los dioses, Laques mío, y así nos consientan vivir juntos toda la vida.

LAQUES — ¡Que los dioses nos libren de semejante desgracia!

<sup>35</sup>Es decir, hacia el puerto (cf. comienzo de la escena: p. 11).

SÓSTRATA — En breve, estoy segura, descubrirás que me has acusado sin razón.

LAQUES — ¿A ti sin razón? ¿Acaso puede emitirse juicio que te cuadre y guarde proporción con tus desatinos? Tú me desacreditas a mí, a ti, a toda la casa; preparas para el hijo una fuente de aflicción; y además haces que nuestros parientes, de amigos se nos vuelvan enemigos, ellos que a Pánfilo habían juzgado digno de confiarle su hija. ¡Tú sola te atraviesas para revolverlo todo con tu desvergüenza!

SÓSTRATA — ¿Yo?

LAQUES — Sí, tú, mujer, que me consideras nada más que un bodoque, no ya un hombre. ¿Piensan acaso que, porque yo suelo estar de ordinario en el campo, no sé cómo pasa aquí su vida cada una de ustedes? Sé mucho mejor lo que ocurre aquí que lo que ocurre allá donde estoy con asiduidad, justamente porque, según se portan ustedes en casa, tengo yo afuera tal o cual fama. Hace ya mucho tiempo, en efecto, que oí decir que Filomena te había cobrado aborrecimiento. No me extraña en absoluto; más me extrañaría si no lo hubiera hecho. Pero no creía que llegase hasta el punto de envolver en ese aborrecimiento a toda nuestra casa; pues, de haberlo sabido, habría preferido que ella se quedara en casa y tú te marcharas a otra parte. Y mira, Sóstrata, cuán innmercedo es el disgusto que me das: yo me fui a habitar en el campo, para dejarlas aquí en libertad de acción y mirar yo allá por el patrimonio, de suerte que este pudiera alcanzar para sus gastos y holganza, no escatimando yo fatigas, antes, al contrario, yendo más allá de lo justo y de lo que consentiría mi edad. A cambio de estos servicios, ¿no hubieras tenido que preocuparte por ahorrarme todo sinsabor?

SÓSTRATA — Eso, por Pólux, no ha sucedido ni por mi causa ni por mi culpa.

LAQUES — Todo lo contrario. Aquí has estado tú sola; en ti sola estriba, Sóstrata, toda la culpa. Habrías tenido que cuidar de los asuntos domésticos, puesto que yo las he librado de las demás preocupaciones. ¿No te da vergüenza que una vieja como tú se haya creado enemistades con una niña? ¿Dirás que fue por su culpa?

SÓSTRATA — De ninguna manera digo tal cosa, Laques.

LAQUES — Me alegro, así me amen los dioses, por el hijo; ya que, por lo que a ti se refiere, bien sé que, aunque siguieras cometiendo faltas, ya no es posible hacer tu reputación peor de lo que es.

SÓSTRATA — ¿Qué sabes tú, esposo mío, si ella no fingió detestarme para poder estar más tiempo con su madre?

LAQUES — ¿Qué dices? ¿No es bastante significativo el hecho de que ayer cuando fuiste a verla, no te dejaron entrar?

SÓSTRATA — Es que decían que en ese momento estaba completamente extenuada; por eso no me dejaron verla.

LAQUES — Yo creo que su enfermedad, más que de ninguna otra cosa deriva de tu carácter. Y es natural. En efecto, no hay ninguna de ustedes que no quiera ver casado a su hijo. Se las complace en el partido que es de su agrado, pero luego que los hijos tomaron esposas a instigación suya, es también a instigación suya que las repudian.

## Escena II

### FIDIPO, LAQUES, SÓSTRATA

FIDIPO — (*Saliendo de su casa y hablando hacia adentro.*) Bien sé, Filomena, que tengo derecho de obligarte a hacer lo que yo mande; sin embargo, movido por mi afecto paternal, trataré de obrar de acuerdo contigo y no me opondré a tu capricho.

LAQUES — (*Aparte.*) Ahí viene Fidipo, muy oportunamente. Por él conoceré qué enredo es este. (*Alto.*) Fidipo, yo sé que soy condescendiente con todos los míos, pero no a tal extremo de que mi complacencia estrague su carácter. Si tú hicieras otro tanto, eso sería más provechoso tanto para ustedes como para nosotros. Pero ahora veo que estás bajo el poder de esas dos mujeres.

FIDIPO — (*Con ironía.*) ¡Claro!

LAQUES — Vine ayer a hablarte de tu hija, pero me despediste tan perplejo como había venido. Si

quieres que nuestro parentesco dure siempre, no está bien que ocultes resentimientos. Si en algo hemos faltado, manifiéstalo. Remediaremos el asunto o refutando los cargos o bien disculpándonos con ustedes. Pero si el motivo de retenerla junto a ustedes es porque está enferma, pienso, Fidipo, que me haces un agravio si temes que en mi casa no se la atendería con suficiente diligencia. Cuando menos, así me amen los dioses, no te concedo en absoluto, aunque seas su padre, que tú quieras su restablecimiento más que yo; y esto en consideración a mi hijo, pues me he dado cuenta de que él la aprecia como a sí mismo. Y sobre todo no se me oculta cuán vivamente lo va a sentir si llega a enterarse del caso. Por eso procuro que vuelva a casa ella antes que él.

FIDIPO — Laques, bien conozco la diligencia y bondad de ustedes, y estoy convencido de que todo lo que dices es efectivamente como tú lo dices. A la vez deseo que me des crédito en esto: que busco con empeño que ella vuelva con ustedes, si es que de algún modo lo puedo conseguir.

LAQUES — ¿Qué te impide hacerlo? ¡Eh!, ¿tienes acaso alguna queja contra su marido?

FIDIPO — En absoluto; pues, luego que insistí más y desplegando todo mi ascendiente empecé a hacerle fuerza para que regresara, se puso a jurar por lo que hay de más sagrado que estando ausente Panfilo no podría aguantar en su casa. Otros probablemente tienen otro defecto; yo soy blando por naturaleza y por ende no soy capaz de contrariar a los míos.

LAQUES — Ahí tienes, Sóstrata.

SÁSTRATA — ¡Ay, desdichada de mí!

LAQUES — (*A Fidipo.*) ¿Es cosa decidida?

FIDIPO — Por ahora a lo menos, parece que sí. ¿Algo más se te ofrece?, pues traigo entre manos un asunto por el cual necesito ir en seguida al foro.

LAQUES — Voy contigo.

### Escena III

SÓSTRATA, sola

SÓSTRATA — Por Pólux, que es, en verdad, una injusticia sin igual el que todas nosotras por igual seamos aborrecidas de los maridos a causa de unas pocas, que a todas nos hacen parecer dignas de castigo. Pues, en efecto, así me amen los dioses, como estoy exenta de culpa con respecto a lo que mi marido me echa en cara. Pero no me resulta fácil justificarme: ¡tan arraigado es el convencimiento de que todas las suegras son perversas! Pero, por Pólux, yo a lo menos no lo soy. En efecto, nunca la he tratado de otro modo que como si fuera hija mía. Y no me explico cómo pueda ocurrirme esto. Lo único que sé, por Pólux, es que ahora estoy aguardando con viva impaciencia el regreso de mi hijo.

## ACTO TERCERO

### Escena I

PÁNFILO, PARMENÓN, (MIRRINA)

PÁNFILO — Yo creo que a nadie jamás se le han presentado, a causa del amor, más amarguras que a mí. ¡Ah, qué desgraciado soy! ¡Esta es la vida que no he querido perder!<sup>36</sup> ¡Para esto yo estaba tan deseoso de regresar a mi casa! ¡Oh, cuánto mejor me hubiera sido irme a vivir al cabo del mundo, antes que volver acá y descubrir, desventurado de mí, que pasa esto! Pues todos aquellos a quienes nos ha sobrevenido de alguna parte algún infortunio, todo el tiempo que transcurre entre medio o antes de en-

<sup>36</sup> Alude a los riesgos y zozobras de su navegación de treinta días (cf escena IV, p. 19). Lo que entiende decir es "¡No valía la pena arrostrar esos azares para no perder una vida como la que me toca vivir ahora!"; o bien, según Stella (p. 94, nota al verso 282): "No valía la pena que yo me afanara en superar los peligros del viaje..."

terarnos, lo hemos de tener por ganancia.

PARMENÓN — Pero así hallarás más pronto cómo librarte de estas pesadumbres. Si no hubieses regresado, esos rencores se habrían enconado mucho; ahora, en cambio, has de saber, Pánfilo, que las dos tendrán consideración a tu llegada. Te impondrás del pleito, disiparás la irritación, las pacificarás de nuevo. Son cosas leves las que tú estás persuadido que son graves en extremo.

PÁNFILO — ¿Por qué tratas de consolarme? ¿Acaso hay alguien en algún lado que sea tan desgraciado como yo? Antes de casarme, tenía mi corazón entregado a otro amor. Sin embargo, nunca me atreví a rechazar a la mujer que mi padre me hizo tomar; y ya en esto, aunque yo no especifique nada, cualquiera puede entender fácilmente lo desventurado que fui. A duras penas me había apartado de aquella y había desenredado mi corazón de la afición que le tenía; y a duras penas lo había transferido a esta otra, cuando, ¡zas!, surge algo nuevo para apartarme también de esta. Además, pienso que, a consecuencia de lo ocurrido, hallaré culpable a mi madre o a mi mujer; y una vez que descubra que es así no más, ¿qué me queda sino seguir siendo desdichado? Pues el afecto y el respeto, Parmenón, me obligan a tolerar los agravios de mi madre; pero, por otra parte, estoy en obligación con mi esposa: me sufrió en otro tiempo con su buen carácter; y jamás, en ninguna circunstancia, dio a conocer tantos ultrajes como le inferí. Pero, Parmenón, es preciso que haya ocurrido no sé qué barbaridad para que entre ellas se interpusiera un aborrecimiento que duró tan largo tiempo.

PARMENÓN — Pero no, por Hércules, sino una bagatela. A buen seguro, si quieres investigar el verdadero móvil de las cosas, hallarás que a veces los mayores enojos no son indicio de los mayores agravios, porque a menudo sucede que, en casos donde uno ni siquiera está enfadado, otro, propenso a la ira, está hecho una fiera. Mira por cuán fútiles agravios los niños se trenzan en peleas. ¿Por qué? Porque es de poca consistencia el espíritu que los rige. Igualmente esas mujeres son casi como niños, ligeras de cascos. Quizás bastó una sola palabra para excitar entre ellas ese encono.

PÁNFILO — (*Indicando la casa de Fidipo.*) Vete ahí adentro, Parmenón, y anuncia mi llegada.<sup>37</sup>

PARMENÓN — (*Cerca de la puerta.*) ¡Oh! ¿Qué es eso?

PÁNFILO — (*Acercándose.*) ¡Cállate! Siento bullicio y correr de acá para allá.

PARMENÓN — Vamos, acércate más a la puerta. (*Pausa.*) ¡Eh! ¿Has oído?

PÁNFILO — No hables. Por Júpiter, he oído gritos.

PARMENÓN — Tú hablas y a mí me lo prohíbes.

MIRRINA — (*Desde adentro.*) ¡Calla, te conjuro, hija mía!

PÁNFILO — Me ha parecido la voz de la madre de Filomena. ¡Estoy desesperado!

PARMENÓN - ¿Cómo?

PÁNFILO — ¡Estoy perdido!

PARMENÓN — ¿Por qué?

PÁNFILO — Sin duda, Parmenón, tú me ocultas alguna desgracia seria.

PARMENÓN — Dijeron que tu mujer, Filomena, sufría no sé qué desmayos. ¿Será eso por ventura?

PÁNFILO — ¡Estoy muerto! Pues ¿por qué no me lo dijiste antes?

PARMENÓN — Porque no podía decírtelo todo de una vez.

PÁNFILO — ¿Qué enfermedad es esa?

PARMENÓN — No lo sé.

PÁNFILO — Pues ¿qué? ¿Nadie hizo venir a un médico?

PARMENÓN — No sé.

PÁNFILO — ¿Qué espero para entrar y averiguar con exactitud de qué se trata, sea lo que sea? ¡Oh Filomena de mi alma!, ¿en qué estado te hallaré ahora? ¡Oh!, si te amenaza algún peligro, yo —¡no cabe la menor duda!— pereceré juntamente contigo. (*Entra.*)

PARMENÓN — (*A solas.*) No conviene que yo lo siga allá dentro, pues veo que todos nosotros les

<sup>37</sup> Plutarco en *Quaestiones Romanae*, 9, nos informa que en Roma el marido, al regresar de un viaje o del campo, hacía anunciar a la mujer su llegada. Si, como parece probable, esta costumbre no se daba en Grecia, hay que decir que Terencio se olvidó en este punto de que la acción de la pieza se estaba desarrollando en Atenas (Chambray, I, p. 486, nota 51; Stella, p. 99).



resultamos fastidiosos. Ayer no quisieron recibir a Sóstrata. Si por casualidad la enfermedad ha empeorado (lo que yo no quisiera ciertamente, máxime en atención a mi amo), al punto dirían que se metió adentro un criado de Sóstrata, e inventarían que habría lanzado un maleficio para atentar contra su persona y su existencia, y que a raíz de ese maleficio la enfermedad se habría agravado; le echarían la culpa a mi dueña y a mí me aplicarían una buena tunda.

## Escena II

### SÓSTRATA, PARMENÓN, PÁNFILO

SÓSTRATA — (*Saliendo de su casa.*) ¡Ay de mí! Hace rato que oigo por ese lado no sé qué revuelo. Mucho me temo que la enfermedad de Filomena vaya agravándose cada vez más. A ti, Esculapio,<sup>38</sup> y a ti, Salud,<sup>39</sup> les suplico que nada de eso ocurra. Iré ahora a verla.

PARMENÓN — (*Llamándola.*) ¡Hola, Sóstrata!

SÓSTRATA — ¡Eh! ¿Quién es?

PARMENÓN — Otra vez te van a dar con la puerta en las narices.

SÓSTRATA — ¡Ah, Parmenón! Conque ¿tú estabas aquí? Estoy desesperada. ¿Qué he de hacer, desdichada de mí? ¿No he de ir a ver a la mujer de Pánfilo, especialmente estando ahí no más, a un paso?

PARMENÓN — ¿Irla a ver tú? ¡Ni siquiera encargues a nadie que vaya a verla! Pues quien ama a alguien que lo detesta, opino yo que obra dos veces neciamente: se toma un trabajo inútil y le causa fastidio al otro. Por otra parte, tu hijo, apenas hubo llegado, entró a ver cómo estaba.

SÓSTRATA — ¿Qué dices? ¿Ha llegado Pánfilo?

PARMENÓN - Sí.

SÓSTRATA — Doy gracias a los dioses. ¡Oh! Con esta noticia vuelve a mi espíritu la animación y ya se ha eclipsado la preocupación.

PARMENÓN — Pues por eso sobre todo no quiero que vayas allá dentro. En efecto, si a Filomena se le aflojan un poco los dolores, en seguida, no lo dudo, estando a solas con él, le expondrá al detalle lo que sucedió entre ustedes y dio origen a su encono. Pero ahí lo veo salir a él mismo. ¡Qué triste aparece!

SÓSTRATA — ¡Ay, hijo de mi corazón!

PÁNFILO — ¡Salud, madre mía!

SÓSTRATA — Me alegro de que hayas regresado sano y salvo. ¿Y está bien Filomena?

PÁNFILO — Un poquito mejor.

SÓSTRATA — ¡Ojalá los dioses sigan favoreciendo su salud! Pero, entonces, ¿por qué lloras? ¿Por qué estas tan triste?

PÁNFILO — No es nada, madre.

SÓSTRATA — ¿Qué era ese alboroto? Dímelo. ¿Acaso le sobrevino algún desmayo?

PÁNFILO — Eso es.

SÓSTRATA — ¿Y qué enfermedad es la suya?

PÁNFILO — Fiebre.

SÓSTRATA — ¿Continua?

<sup>38</sup> Esculapio, hijo de Apolo (el médico del Olimpo) y de la ninfa Coronis (hija de Flegias, rey de los lápitas en Tesalia). En los poemas de Hornero aparece como un príncipe versado en medicina gracias a las enseñanzas del centauro Quirón. Después de muerto, subió al Olimpo y figuró, desde entonces, como Dios de la medicina. En sus estatuas generalmente se halla representado en edad madura, con una complexión física perfecta, con una expresión dulce y sonriente, con barba y túnica. (*Diccionario del Mundo Clásico*, s. v. Esculapio).

<sup>39</sup> *Salus* en el original. *Salus* o *Sánitas* era la divinidad que personificaba la salud o perfecta conservación del cuerpo; correspondía a la *Hygieia* de los griegos. Tenía templos en diversos barrios de Roma. En su iconografía aparece como una doncella sentada en un trono con una pátera en la mano y teniendo a su lado una serpiente enroscada, pero que levanta la cabeza. (*Diccionario del Mundo Clásico*, s. v. *Salus*).

PÁNFILO — Así dicen. Vuelve a entrar allá en casa, por favor, madre; yo te alcanzaré de aquí a poco.  
SÓSTRATA — Bueno.  
PÁNFILO — Tú, Parmenón, ve ligero al encuentro de los esclavos y ayúdalos a traer los equipajes.  
PARMENÓN — ¿Cómo? ¿No conocen ellos el camino por donde venir a casa?  
PÁNFILO — ¿Qué esperas?

### Escena III

PÁNFILO, solo

PÁNFILO — No logro hallar una introducción apropiada para comenzar a referir las aventuras que me están sucediendo inesperadamente. Parte de ellas, las he visto con mis ojos; parte, las he oído. Por esa razón, a gran prisa y profundamente alterado he salido acá fuera. Pues cuando, hace un instante, lleno de inquietud me lancé adentro, pensando que vería a mi mujer enferma de algún mal distinto del que tuve que constatar, ¡ay de mí!... Las criadas, viéndome llegar, inmediatamente exclaman todas a una: “¡Ha llegado!”, alegres por verme llegar tan de repente. Pero en seguida después, advertí que a todas ellas se les demudó el rostro, porque el destino había procurado mi llegada tan fuera de tiempo. Entretanto una de ellas a toda prisa corrió adelante para anunciar mi venida; yo, ansioso de ver a mi mujer, voy derecho tras ella. Tan pronto como entré en la pieza, entendí, desgraciado, la dolencia que tenía; porque ni las circunstancias dieron posibilidad alguna de ocultarla ni ella misma podía quejarse con otra voz que la que su mismo estado le arrancaba. Ante tal espectáculo: “¡Qué indignidad!”, dije, y al punto me escapé de ahí, llorando y vivamente conmovido por un caso tan increíble y horrible. Su madre me alcanza, y estando yo a punto de trasponer el umbral, cayó de rodillas a mis pies, llorando, la pobre. Me dio lástima. En verdad es así, a mi parecer: todos nosotros somos altaneros o modestos según las circunstancias. Comenzó ella a hacerme este razonamiento: “Querido Pánfilo, ahora sabes la razón por la cual ella se fue de tu casa; pues en otro tiempo, siendo doncella, la violó no sé qué mal sujeto. Ahora se ha refugiado aquí para ocultar su parto de ti y de los demás”. ¡Ah!, cuando me acuerdo de sus ruegos, no puedo, desventurado, refrenar las lágrimas. “Sea cual sea la Fortuna,<sup>40</sup> siguió diciendo, que hoy te ha traído entre nosotros, en nombre de ella te suplicamos las dos<sup>41</sup>, si es justo y lícito, que, por lo que de ti depende, su desgracia quede velada e ignorada de todos. Si alguna vez, querido Pánfilo, notaste que ella tenía un corazón afectuoso para contigo, ahora te ruega que a cambio de eso le concedas de buena gana este favor. Por lo demás, en cuanto a volverla a tomar como esposa, haz lo que más te convenga. Tú solo sabes que ella está de parto sin estar preñada de ti. Porque por ahí se dice que empezó a tener relaciones contigo dos meses después del casamiento; además, este es el séptimo mes desde que ella entró en tu casa. Y que tú estés al tanto de todo, tu reacción misma lo atestigua.<sup>42</sup> Ahora, si es posible, Pánfilo, sobre todo quiero y procuro que el alumbramiento suceda a escondidas de su padre y aun de todos. Pero si no es posible que la cosa no trascienda, diré que se trata de un aborto; por cierto a nadie se le ocurrirá otra idea sino pensar, según toda similitud, que tú eres el padre legítimo. La criatura, la expondré yo sin dilación;<sup>43</sup> en esto nada hay que pueda ocasionarte perjuicio y tú de esta manera podrás encubrir la violencia que indignamente se le hizo a esa desventurada”. Lo he prometido, y estoy resuelto a mantener la palabra como la he empeñado; porque, en cuanto a tomarla nuevamente como esposa, por cierto que no lo considero honroso de ningún modo, y no lo haré, por más que su cariño y trato me atraigan intensamente. Vierto lágrimas cuando se me ocurre pensar en la vida de soledad que me espera de aquí en adelante. ¡Oh Fortuna! ¡Cómo es verdad que en ningún caso eres propicia para siempre! Pero el primer amor ya me templó para esta coyuntura. Yo entonces lo deseché por la reflexión; ahora procuraré hacer lo mismo con este. Aquí viene Parme-

<sup>40</sup> *Fortuna*, dice el original. *Fors Fortuna* o simplemente *Fors* era una advocación latina de la Fortuna (o *Tyche* de los griegos). La Fortuna era la diosa que personificaba el acontecimiento casual, a veces adverso, pero normalmente favorable. Se creía que ella no estaba supeditada a ninguna razón lógica o moral, sino que, por el contrario, desafiaba toda razón y revolucionaba el sentido ético del ser humano. (*Diccionario del Mundo Clásico*, s. v. Fortuna).

<sup>41</sup> Mirrina y Filomena.

nón con los criados. No conviene en absoluto que se halle presente a este acontecimiento, pues sólo a él le confié en cierta circunstancia que al principio, después que me la habían dado por esposa, yo me abstuve de ella. Temo, en efecto, que si oye aquí sus frecuentes lamentos, entienda que está de parto. He de enviarlo a alguna parte para tenerlo lejos de aquí mientras Filomena da a luz.

#### Escena IV

#### PARMENÓN, SOSIA, PÁNFILO

PARMENÓN — (*A Sosia.*) ¿Dices en serio que este viaje te resultó molesto?

SOSIA — No, por Hércules, no alcanzan, Parmenón, las palabras para expresar hasta qué punto es en realidad molesto el navegar.

PARMENÓN — ¿De veras?

SOSIA — ¡Oh, dichoso tú! No sabes de qué desgracia te has librado, tú que nunca entraste en el mar. Pues, para no hablar de otras miserias, considera tan solo esta: durante treinta días, o más aún, estuve en un buque y en todo ese lapso estuve, ¡ay de mí!, aguardando la muerte: ¡tanto nos zarandeó sin cesar un tiempo adverso!

PARMENÓN — ¡Qué cosa abominable!

SOSIA — Bien lo sé yo. En suma, me escaparía, por Hércules, antes que volver, si supiera que allá debería volver.

PARMENÓN — Realmente, en otro tiempo bastaban, Sosia, causas leves para moverte a hacer lo que ahora amenazas hacer. — Pero ahí veo a Pánfilo parado ante la puerta. (*A Sosia y a los demás criados.*) Ustedes pasen adentro; yo me llegaré a él, para ver si quiere algo de mí. (*A Pánfilo.*) Amo, ¿todavía estás tú aquí?

PÁNFILO — Sí, y esperándote.

PARMENÓN — ¡Oh!, ¿qué hay?

PÁNFILO — Hay que ir corriendo a la ciudadela.

PARMENÓN — ¿Quién?

PÁNFILO — Tú.

PARMENÓN-¿A la ciudadela? ¿Por qué allá?

PÁNFILO — Ve a ver a Calidémides, un forastero natural de Miconá,<sup>44</sup> que ha venido en el mismo barco que yo.

PARMENÓN— (*Aparte.*) ¡Estoy perdido! ¿Deberé decir que este hizo voto de que, si algún día volvía sano a casa, me deslomaría a fuerza de hacerme caminar?

PÁNFILO — ¿Qué aguardas?

PARMENÓN — ¿Qué quieres que le diga? ¿O es que simplemente tengo que ir a verlo?

PÁNFILO — No; también decirle que hoy no puedo verme con él como habíamos concertado; no sea

<sup>42</sup> Para desenredar la madeja del parto de Filomena, adoptamos, con Stella (pp. 114-115), las conclusiones de Schadewalt. Según ellas, nuestro poeta “aprovechó la doble posibilidad de que el feto tanto de 9-10 meses como de 7 meses era *téleios* y vital, y construyó la trama de tal manera que las primeras relaciones entre los esposos tuvieron lugar a los dos meses, y el nacimiento del niño a los siete meses de las bodas: exactamente como dicen las palabras de Mirrina. Así el niño: 1) era efectivamente un niño normal de 9-10 meses, y Filomena había sido violada 2-3 meses antes de las bodas; 2) para Laques y Fidipo, era un niño normal de 7 meses, y los ancianos con razón se enojaban de la “testarudez” de Pánfilo; 3) para Pánfilo era un “niño de cinco meses”: él a primera vista debía descubrir la supuesta vergüenza de la mujer... Con un solo golpe feliz el poeta se asegura múltiples posibilidades dramáticas. Hacer que los parientes acepten al niño de 7 meses con una naturalidad mayor de cuanto puede ocurrir en la vida, es una libertad que siempre se permitía al técnico que componía obras poéticas para la representación”.

<sup>43</sup> La legislación ateniense consentía al padre deshacerse de una criatura recién nacida haciéndola matar (*El atormentador de sí mismo*, v. 635) o exponer (esto es, dejarla abandonada en un paraje público: *El atormentador de sí mismo*, v. 650). Eso ocurría frecuentemente, máxime si se trataba de niñas (*El atormentador de sí mismo*, v. 627), a fin de evitar los gastos de la dote que corrían por cuenta del padre.

<sup>44</sup> Miconá es una isla del Mar Egeo; pertenece al grupo de las Cícladas y se halla cerca de Delos.

que me espere ahí en vano. ¡Vuela!

PARMENÓN — ¡Pero si nunca le vi la cara!

PÁNFILO — Pues estas son las señas: es alto, coloradote, de pelo crespo, obeso, de ojos garzos... de rostro cadavérico...<sup>45</sup>

PARMENÓN — (*Bajo.*) ¡Que los dioses lo confundan! (*Alto.*) ¿Y si no lo encuentro? ¿Tendré que estar aguardándolo hasta la puesta del sol?

PÁNFILO — Sí. Corre.

PARMENÓN — No puedo. ¡Estoy tan cansado! (*Se va.*)

PÁNFILO — Ya se ha ido. ¿Qué haré yo, infeliz? No sé absolutamente de qué modo ocultar, como me rogó Mirrina, el parto de su hija. En realidad, me dio lástima la pobre. Haré lo que pueda, siempre que quede a salvo la piedad filial; pues es preciso que sea complaciente con mi madre antes que con mi amor. ¡Caramba! Ahí veo a Fidipo y a mi padre. Se dirigen hacia acá. ¿Qué les voy a decir? No sé.

## Escena V

### LAQUES, FIDIPO, PÁNFILO

LAQUES — (*A Fidipo.*) ¿No me dijiste hace un momento que ella te confió que esperaba a mi hijo?

FIDIPO — Efectivamente.

LAQUES — Él ha venido, según dicen. ¡Pues que vuelva ella!

PÁNFILO — (*Aparte.*) ¿Qué razón le daré a mi padre para no volverla a tomar? ¡Qué sé yo!

LAQUES — ¿A quién he oído yo hablar aquí?

PÁNFILO — (*Ídem.*) Estoy resuelto a persistir en el camino que he decidido seguir.

FIDIPO — Ahí está precisamente el individuo a propósito del cual veníamos discurriendo.

PÁNFILO — ¡Salud, padre mío!

LAQUES — ¡Hijo mío, salud!

FIDIPO — Es una suerte, Pánfilo, que hayas llegado, y por añadidura, lo que más importa, sano y vigoroso.

PÁNFILO- Lo creo.

LAQUES — ¿Llegas ahora?

PÁNFILO — Ahora mismo.

LAQUES — Pues, dime: ¿qué bienes dejó mi primo hermano Fania?

PÁNFILO — En verdad, por Hércules, que él fue, mientras vivió, un hombre dado a los placeres; y los que son así, no favorecen mucho a sus herederos, sino que dejan tras sí este elogio: “Mientras vivió, vivió bien”.

LAQUES — Conque ¿no has traído nada más que ese dicho?

PÁNFILO—Sea lo que sea lo que nos dejó, nos sirvió de provecho.

LAQUES—Antes, al contrario, nos sirvió de daño, puesto que quisiera yo verlo vivo y sano.

PÁNFILO — No cuesta nada desear tal cosa. Él ya jamás volverá a la vida, y sin embargo bien sé yo cuál es, al respecto, tu deseo preferido.

LAQUES — Ayer nuestro Fidipo hizo que Filomena fuese a su casa. (*Bajo, a Fidipo, dándole un codazo.*) Di que la hiciste llamar.

FIDIPO — (*Bajo, a Laques.*) No me aguijonees. (*Alto.*) Sí, la hice llamar.

LAQUES — Pero ya la dejaré regresar a nuestro hogar.

FIDIPO — Por supuesto.

<sup>45</sup> Esta seña está en contradicción con la de “coloradote”. Pánfilo, tomado de sorpresa, se esfuerza por salir del paso hostigando su fantasía: por eso incurre en una contradicción ridícula, que Parmenón, sin embargo, no muestra advertir, atañeado, como está, por el mal humor. Elemento cómico es también la cualidad “de pelo crespo” atribuida a un natural de Micon, si le prestamos fe a Lucilio que declara: “*Myconi calva omnis iuventus*, en Micon todos los jóvenes son calvos” (cf. Marouzeau, III, p. 56).

PÁNFILO — Ya sé cómo fue todo el enredo. Me enteré hace un momento, al llegar.

LAQUES — ¡Que los dioses aniquilen a los detractores que tan de buena gana comunican esos chismes!

PÁNFILO (*a FIDIPO*) — Yo tengo conciencia de haberme preocupado por no darles ocasión de que con razón pudiesen hacerme algún reproche. Y si yo ahora quisiese recordar aquí cuán fiel, bondadoso y suave fui para con ella, lo podría hacer con toda sinceridad; pero prefiero que te enteres de esto por ella misma. Porque así más de veras prestarás fe a la bondad de mi carácter cuando compruebes que aquella que al presente es injusta hacia mí, se muestra justa al hablar de mí. Y pongo por testigos a los dioses de que este divorcio no se ha producido por mi culpa. Pero como ella juzga que no se aviene a su dignidad ser condescendiente con mi madre y sufrir por respeto su carácter, y como no se puede de otra manera realizar un acuerdo entre ellas, yo debo, Fidipo, alejar de mi casa o a mi madre o a Filomena. Ahora bien, la piedad filial me inclina a procurar con preferencia el bien de mi madre.

LAQUES — Pánfilo, no es con desagrado que te oigo decir esas palabras, viendo que todo lo pospones frente a tu madre. Pero mira, Pánfilo, que el enojo no te impulse a obstinarte equivocadamente.

PÁNFILO — ¿Qué enojos, padre, pueden impulsarme a ser ahora injusto respecto de una mujer que nunca hizo nada que yo no deseara, y antes al contrario —bien lo sé— trató a menudo de complacerme en lo que yo deseara? Yo la quiero, la pondero y la añoro. He experimentado, en efecto, sus admirables disposiciones hacia mí; y le deseo que pueda transcurrir el resto de su vida con un marido que sea más afortunado que yo, visto que de mí la aleja la fatalidad.

FIDIPO — De ti depende que eso no suceda.

LAQUES — Si eres razonable... mándale que vuelva.

PÁNFILO — No es esa mi intención, padre; entiendo buscar la conveniencia de mi madre. (*Se aleja.*)

LAQUES — ¿Adonde vas? Quédate, quédate, digo. ¿Adónde vas?

FIDIPO — ¿Qué terquedad es esa?

LAQUES — ¿No te lo dije yo, Fidipo, que él llevaría a mal la cosa? Por eso te rogaba que hicieras volver a tu hija.

FIDIPO — No creía yo, por Pólux, que sería él tan cruel. Pues ¿piensa ahora que yo voy a hincarme de rodillas para suplicarle? Dado el caso que quiera tomar nuevamente a su esposa, es dueño de hacerlo; pero si tiene otras intenciones, reembolse acá la dote, y ¡adiós!

LAQUES — Tú también estás demasiado arrebatado.

FIDIPO — (*A Pánfilo, como si estuviese en escena.*) ¡Muy cabeza dura has tornado acá, Pánfilo!

LAQUES — Ya le pasará este enojo, por más que con razón esté enojado.

FIDIPO — Por cinco centavos que se han añadido a su fortuna, se han vuelto orondos.

LAQUES — ¿También conmigo litigas?

FIDIPO — Que delibere y me haga saber hoy si la quiere, sí o no, para que sea de otro, si suya no ha de ser. (*Se aleja.*)

LAQUES — (*Procurando que se detenga.*) Fidipo, ven acá; escucha dos palabras. (*Fidipo sale.*) ¡Se fue! ¿Y a mí qué?... Allá ellos: que se arreglen como quieran, puesto que ni mi hijo ni él me hacen caso para nada; antes al contrario, menosprecian lo que sugiero. A mi mujer, que es la responsable de todo lo que ocurre, voy a participarle este altercado y a vomitarle todo mi entripado. (*Entra en su casa.*)

## ACTO CUARTO

### Escena I

MIRRINA, después FIDIPO

MIRRINA — ¡Estoy perdida! ¿Qué haré? ¿Hacia dónde me volveré? ¿Qué le responderé a mi marido, desgraciada de mí? Pues, al parecer, ha oído los vagidos de la criatura. ¿Cómo, si no, hubiera corrido tan de repente y sin decir palabra al sitio donde está la hija? Y si ahora descubre que ella dio a luz, ¿por

qué razón le diré yo que he tenido secreta la cosa? Por Pólux, que no lo sé. Pero la puerta ha sonado.<sup>46</sup> Creo que sale justamente él en busca de mí. ¡Estoy muerta!

FIDIPO — (*Saliendo de su casa, aparte.*) Mi mujer, cuando se dio cuenta de que iba donde está la hija, se escabulló afuera. Pero ¡hela ahí! (*Alto.*) ¡Eh, dime, Mirrina! ¡Hola, a ti te hablo!

MIRRINA — ¿A mí, marido mío?

FIDIPO — ¿Yo, marido tuyo? ¿Es posible que me consideres marido o persona siquiera? Pues si alguna vez, mujer, yo te hubiera parecido cualquiera de estas dos cosas, no te hubiera servido de juguete en tus tejemanejes.

MIRRINA — ¿Cuáles?

FIDIPO — ¿Me lo preguntas? La hija acaba de tener familia. ¡Eh! ¿Callas? ¿De quién?

MIRRINA — ¿Te parece bien que un padre haga semejante pregunta? ¡Cielos! ¿De quién, te conjuro, piensas que había de tenerla sino de aquel con quien la casamos?

FIDIPO — Así lo creo, y además no sería propio de un padre pensar diversamente. Pero lo que me extraña es por qué diablos has querido con tanto ahínco ocultarnos el parto, máxime teniendo en cuenta que se verificó normalmente y a su debido tiempo. ¿Es posible que seas tan terca como para preferir

---

<sup>46</sup> La expresión latina es: *óstium concrépuit* (v. 521). La misma expresión se halla también en *Phormio* 840 y, con los términos invertidos, en *Andria* 682. En *Adelphoe* 264 se lee: *foris crépuit*; en *Eunuchus* 1029: *fores crepuerunt*, y *crepuerunt fores* en *Heautontimorúmenos* 173 y 613. *Crepare* y *concrepare* significan, con valor intransitivo, “sonar, resonar, hacer ruido o estrépito, crujir, rechinar, chirriar”. Y así, en las expresiones citadas, se entendería, sencillamente, que la puerta sonaba (cf., por ej., Rubio, III, p. 65 y p. 127), resonaba (Chambry, II, p. 319), hacía ruido (Marouzeau, III, p. 61; Coromines, IV, p. 52), hacía estrépito (Colombo, p. 49), crujía (Lupo Gentile, p. 37; Coromines-Coromines, III, p. 73), rechinaba, chirriaba (Coromines-Coromines, I, p. 97; Marouzeau, I, p.305).

Pero, al querer explicar, hay quien afirma que eso ocurría, o bien por girar la puerta sobre quicios de madera, o bien por el accionar de la cerradura. (cf. La Magna, *Phormio*, p. 142). En cambio, varios otros sostienen que la puerta de calle hacía ruido por golpearla desde adentro quien se disponía a salir de casa (cf., por ej., Chambry, II, p. 513, nota 25). Efectivamente, en Grecia y Roma —así explican— la puerta de ingreso de la casa se abría hacia la calle; por eso, quien iba a salir tenía la precaución, con previos golpes a dicha puerta, de poner sobre aviso a eventuales individuos que se hallasen cerca; precaución reclamada no solo por la cortesía, sino también por la angostura de las calles. Las expresiones arriba apuntadas reflejarían pues tal costumbre de golpear a la puerta desde adentro, y se contrapondrían a *pultare* o *pulsare fores* u *óstium*, es decir “golpear a la puerta desde afuera”, llamando (cf. Chambry, *loc. cit.*; Paratore, STL, p. 48; Beare, p.288; La Magna, *Phormio*, p. 142; Ronconi, p. 316, 61: *Hanno bussato*). Debido a esto, las expresiones en cuestión aparecen a veces traducidas directamente así: “han llamado (o tocado) a la puerta” (Ronconi, 158, p. 207) (sobrentendiendo: desde adentro).

Esta interpretación se funda sobre un testimonio de Plutarco (el historiador y moralista griego, n. entre 45 y 50 de nuestra era, y m. hacia 125) y sobre un análogo testimonio de Heladio Bizantino (gramático del siglo IV), que parece ser un simple eco del anterior. Plutarco dice textualmente en el cap. 20 de su vida de Publicola (o Poplicola. Se trata de P. Valerio Publicola, compañero de Bruto y Colatino en la revolución aristocrática que en el año 510 a. C. derribó a la realaleza): “mientras las puertas de otras casas en ese tiempo se abrían hacia dentro, la puerta de calle de la casa de Publicola estaba hecha para abrirse hacia fuera... Antiguamente, en Grecia, dicen algunos, todas las puertas estaban hechas para abrirse así, y lo prueban con esos pasajes de las comedias donde se menciona que aquellos que salían, primero golpeaban fuerte desde el interior de la casa, para avisar a los que pasaran cerca o estuvieran delante de ellas (puertas), a fin de que las puertas al abrirse no dieran contra ellos”. Del testimonio de Plutarco se desprende que ya en el siglo VI antes de nuestra era, no era uso normal en Roma que la puerta exterior se abriera hacia la calle. Se desprende además que para Grecia el uso normal se remonta a la época primitiva, siendo ello probado únicamente por el uso de la escena. Y bien, el testimonio de Plutarco fue atacado vigorosamente por Becker hace más de un siglo. La crítica fue reanudada por W. W. Mooney (*The House-Door of the Ancient Stage*, 1914), por Dalman (*De áedibus scaenicis comœdiae novae*, 1929), y últimamente por el autorizadísimo W. Beare. No era pues preciso golpear una puerta exterior a fin de poner en guardia a la gente. A falta de tales golpes, el ruido de la puerta se explica igualmente por su estructura y juego. La puerta, en efecto, constaba de umbral, dintel, jambas y dos hojas (*fores, válvae*) que cerraban el hueco o vano; pero cada hoja en vez de sujetarse con goznes a la jamba (o quicial de la jamba), giraba gracias a pivotes cubiertos de metal, colocados en la cima y la base del eje (larguero) y que encajaban en ranuras excavadas en el umbral y el dintel, en ángulos recortados en el lado interno de la jamba. Además, el umbral tenía un diente por la parte interna, de modo que la puerta al cerrarse daba contra él. Es pues natural que el manejo de semejante puerta resultara incómodo y ruidoso. Para evitar o amortiguar el ruido, podía uno, sin embargo, proceder, tanto si salía como si entraba, con la mayor suavidad posible y a la vez levantar un poquito la puerta; y quien salía tenía para ese objetivo otro recurso más: el de echar agua en la cuenca del pivote practicada en el umbral. (Para un estudio detallado de la cuestión, véase Beare, pp. 287-294).

que pereciera el niño, por el cual sabías que en lo porvenir se volvería más sólida la amistad entre nosotros y ellos, antes que tu hija permaneciera casada con Pánfilo contra tu voluntad? Hasta llegué a creer que la culpa fuera de ellos, y en cambio resulta que la tienes tú.

MIRRINA — ¡Soy realmente desdichada!

FIDIPO — ¡Ojalá supiese yo que es así como dices! Pero ahora me acuerdo de una cosa que me dijiste una vez cuando lo tomamos por yerno. Pues decías que no podías sufrir que tu hija estuviera casada con uno que estaba enamorado de una ramera y que pasaba las noches afuera.

MIRRINA — (*Aparte.*) Prefiero que este sospeche cualquier causa antes que la verdadera.

FIDIPO — Mucho antes que tú, sabía yo, Mirrina, que él tenía amante; pero yo nunca estimé que eso fuese defecto en los jóvenes, pues todos lo tienen en la sangre. Y, por Pólux, ya vendrá el momento en que aun de sí mismo estará descontento. Pero tú, cual te mostraste entonces, tal no cesaste jamás de ser hasta el presente, con el objeto de apartar de él a tu hija y dejar anulado lo que yo había concertado. Ahora el hecho mismo revela de qué modo querías lograrlo.

MIRRINA — ¿Crees tú que sería tan terca en alimentar semejantes intenciones con relación a mi hija, si su casamiento nos resultara conveniente?

FIDIPO — ¡Ah!, ¿eres tú capaz de discernir o juzgar lo que nos conviene? ¿Acaso oíste de alguien que dijera haberlo visto saliendo o entrando en casa de la amiga? Y eso ¿qué importa? Si lo hizo con recato y rara vez, ¿no es más humano disimular que empeñarse en tener cabal conocimiento de eso, provocando así su resentimiento? Pues si él pudiera tan de improviso apartarse de esa amante, con la que por tantos años ha tenido trato, no lo tuviera yo por hombre y ni siquiera por marido bastante seguro para mi hija.

MIRRINA — Deja de tratar, por favor, de nuestro joven y de las faltas que, según dices, he cometido yo. Vete a verlo; háblale a solas y pregúntale si quiere recibir a su mujer, sí o no. Caso que diga que sí, devuélvesela; pero caso que diga que no, yo habría velado con tino por el interés de mi hija.

FIDIPO — Si realmente él no quiere y tú, Mirrina, habías constatado que la culpa estaba de su lado: pues, estaba yo en este mundo para que con mi consejo se mirara por todo eso. Por consiguiente, me enciendo en ira al ver que te has atrevido a obrar sin mi orden. Te ordeno ahora que no me saques al niño de casa a ninguna parte. (*Aparte.*) Pero demasiado tonto soy yo en pretender que ella se atenga a mis órdenes. Me voy allá dentro y ordenaré a los criados que no me lo dejen llevar a ningún lado. (*Sale.*)

MIRRINA — No creo, por Pólux, que haya en el mundo mujer más desventurada que yo. Porque si él llega a descubrir el enredo tal cual es, no ignoro, por Pólux, cuánto lo ha de sentir, si tanto se ha irritado por una cosa de poca monta. Y no sé cómo hacer para que él cambie de parecer. Después de tantos infortunios no me restaba más que este: que él me fuerce a criar un niño cuyo padre desconocemos. Pues cuando la hija sufrió el estupro, no logró en la oscuridad distinguir el rostro del hombre ni le quitó entonces nada que pudiera servir luego para reconocerlo; él, en cambio, al irse, le arrancó a la muchacha un anillo que llevaba en el dedo. Al mismo tiempo me temo que Pánfilo no sea capaz de guardar por mucho tiempo el secreto que le pedimos, una vez que se entere de que se cría como suya una criatura ajena.

## Escena II

SÓSTRATA, PÁNFILO; después LAQUES (*que espía la conversación manteniéndose apartado.*)

SÓSTRATA — No es un misterio para mí, hijo mío: tú, por más que lo disimules con esmero, sospechas de mí y piensas que tu mujer se fue de aquí por mis malos modales. Pero así me amen los dioses y así consiga yo de ti las alegrías que de ti espero, como es verdad que jamás hice a sabiendas nada que justificase su ojeriza contra mí. Y en cuanto a ti, si yo antes pensaba que me amabas, me has dado una prueba palmaria de ello, pues tu padre me ha contado allá dentro como me has antepuesto a tu amor. Ahora yo estoy resuelta a darte una prueba de mi reconocimiento, para que sepas. Pánfilo, que

la piedad filial encuentra en mí su recompensa. Hijo mío, entiendo que esto será provechoso, ya para ustedes ya para mi buen nombre: he decidido irrevocablemente irme con tu padre a la granja a fin de que mi presencia no estorbe, y no quede así excusa alguna para que no torne a casa tu Filomena.

PÁNFILO — ¡Por favor! ¿Qué clase de determinación es esa? Rendida ante su necesidad, ¿irás a habitar en el campo? No, no harás tal cosa, y no permitiré, madre, que quien quiere murmurar de nosotros, diga que eso se hizo por mi obstinación, no ya por tu discreción. Además, no quiero que por mi causa tengas que dejar a tus amigas y parientas ni tus fiestas.

SÓSTRATA — Nada de eso, por Pólux, me da ya gusto alguno; mientras las condiciones de mi edad lo consintieron, he gozado bastante de eso; ya estoy harta de esos placeres; ahora mi mayor preocupación es que la duración de mi vida no dé pena a nadie ni nadie haya de aguardar mi muerte. Aquí veo que sin razón se me mira de reojo; pues ya es hora de que me marche. Este es, a mi parecer, el modo mejor para quitar a todos todo pretexto de disgusto, para librarme yo de la sospecha que grava sobre mí y para complacer a esa gente. Déjame, por favor, sustraerme a los chismes que circulan con respecto al común de las mujeres.

PÁNFILO — Si no hubiera esa nube, la única, ¡cuán dichoso sería yo, teniendo una madre como esta y una esposa como esa!

SÓSTRATA — Por tu vida, Pánfilo de mi corazón, ¿no te resolverás a aguantar esa molestia, tal como es? Si lo demás es cual lo deseas, y si ella es tal cual yo la considero, concédeme, pues, este favor, hijo mío: tómala de nuevo.

PÁNFILO — ¡Ay, pobre de mí!

SÓSTRATA — ¡Y pobre de mí también! En efecto, este inconveniente me tiene mal a mí lo mismo que a ti, hijo mío.

### Escena III

#### LAQUES, SOSTRATA, PÁNFILO

LAQUES — (*Adelantándose, a Sóstrata.*) Mujer, estando allá, apartado, he escuchado la conversación que has tenido con tu hijo. Esto es tener cordura: ser capaz de doblegar la voluntad siempre que sea menester, y hacer en seguida lo que quizás debiera hacerse luego por fuerza.

SÓSTRATA — ¡Que la fortuna nos favorezca, por Pólux!

LAQUES — Vete entonces al campo; ahí yo te sufriré a ti y tú a mí.

SÓSTRATA — Así lo espero, por Cástor.

LAQUES — Entra pues en casa y dispón lo que vas a llevar contigo. ¿Entendido?

SÓSTRATA — Lo haré como ordenas. (*Sale.*)

PÁNFILO — ¡Padre!

LAQUES — ¿Qué quieres, Pánfilo?

PÁNFILO — ¿Mi madre irse de aquí? De ningún modo.

LAQUES — ¿Por qué no?

PÁNFILO — Porque aún no tengo determinado qué hacer respecto de mi mujer.

LAQUES — ¿Cómo? ¿Qué querrás hacer sino volverla a tomar en casa?

PÁNFILO — (*Aparte.*) Sinceramente lo deseo y a duras penas me abstengo de hacerlo. Pero no variaré de resolución. Ese es el partido más conveniente; continuaré ateniéndome a él. (*Alto.*) Creo que, si no me la llevo a casa, por eso mismo se logrará que se lleven mejor.

LAQUES — No puedes saberlo. Por otra parte, a ti no te ha de importar nada su comportamiento, cualquiera que él sea, una vez que tu madre se haya ido. Nuestra edad resulta fastidiosa a los jóvenes. Es justo quitarse de en medio. En suma, Pánfilo, nosotros ya somos personajes de fábula: “Un viejo y una vieja...” — Pero veo a Fidipo salir, muy a propósito, de su casa; acerquémonos.



Escena IV

FIDIPO, LAQUES, PÁNFILO

FIDIPO — (*Saliendo de casa y hablando hacia dentro.*) Contigo también, Filomena, estoy enojado, por Pólux, y muy en serio ciertamente; pues, por Hércules, es vergonzosa la manera como te has portado.

Aunque tú tienes una excusa en esto: es tu madre quien te ha impulsado; pero ella no tiene excusa alguna.

LAQUES — Nos encontramos, Fidipo, a tiempo, en el momento justo.

FIDIPO — ¿Qué hay?

PÁNFILO — (*Aparte.*) ¿Qué les voy a responder? ¿O cómo les voy a revelar la cosa?

LAQUES — Di a nuestra hija que Sóstrata se va a ir al campo; ya no tema, pues, volver a casa.

FIDIPO — ¡Ah! Ninguna culpa tiene en este asunto tu mujer. Todo lo ha urdido Mirrina, ¡mi señora esposa!...

PÁNFILO — (*Ídem.*) La cosa cambia.

FIDIPO - Ella, Laques, es la que nos trastorna.

PÁNFILO — (*Ídem.*) Con tal que no tenga que llevármela de nuevo, que sigan trastornando todo lo que quieran.

FIDIPO — Yo, Pánfilo, deseo que, si es posible, el parentesco que nos une, nos una realmente para siempre; pero si tú opinas otra cosa, por lo menos recibe al niño.

PÁNFILO— (*Ídem.*) Ha sabido lo del parto. ¡Estoy arruinado!

LAQUES—¿Un niño? ¿Qué niño?

FIDIPO—Nos ha nacido un nieto, pues la hija estaba encinta cuando se la sacó de su casa, y que estuviera encinta yo jamás lo supe hasta el día de hoy.

LAQUES — ¡Buena noticia, así me quieran bien los dioses, es la que me das! Me alegro de que él haya nacido y de que ella te haya quedado sana. Pero ¿qué clase de mujer tienes por esposa o qué manera de conducirse es la suya? ¡Tenernos en ayunas de ello por tan largo tiempo! No alcanzo a encontrar palabras suficientes para poner de manifiesto cuán mal, a mi entender, ha procedido.

FIDIPO — Esa conducta no me disgusta a mí menos que a ti, Laques.

PÁNFILO— (*Ídem.*) Aunque hasta aquí pudo caberme alguna duda, ya no es así, puesto que Filomena arrastra consigo a un hijo que no me pertenece.

LAQUES — Ahora, Pánfilo, ya no tienes que considerar nada.

PÁNFILO — (*Ídem.*) ¡Estoy perdido!

LAQUES — A menudo deseábamos ver el día en que naciera alguien que pudiera llamarte padre; ese día ha llegado; doy gracias a los dioses.

PÁNFILO — (*Ídem.*) ¡Estoy deshecho!

LAQUES—Vuelve a tomar a tu mujer y no me contraríes.

PÁNFILO — Padre, si ella hubiera querido tener hijos de mí y estar casada conmigo, estoy firmemente persuadido de que no me hubiera ocultado lo que advierto que me ha ocultado. Pues, ahora que noto sus disposiciones hostiles contra mí (y no creo que en lo sucesivo podrá haber armonía entre nosotros), ¿por qué debería tomarla de nuevo?

LAQUES — Esposa joven, hizo lo que le aconsejó su madre. ¿Qué hay de raro en eso? ¿Piensas que puedes hallar una mujer que esté sin culpa? ¿O es que los maridos no cometen faltas?

FIDIPO — ¡Allá ustedes! Tú, Laques, y tú, Pánfilo, vean si deben repudiarla o recibirla nuevamente en casa; en ningún caso habrá dificultad de mi parte. Claro que no respondo de lo que haga mi mujer. Pero ¿qué haremos con el niño?

LAQUES — ¡Qué pregunta ridícula! Suceda lo que suceda, es obvio que hay que dárselo a este (*señalando a Pánfilo*). Es suyo; lo vamos a criar, pues, como nuestro que es.

PÁNFILO — (*Bajo.*) Cuando su mismo padre lo ha abandonado, ¿yo lo he de criar?

LAQUES — (*Que ha percibido tan solo las últimas palabras.*) ¿Qué has dicho? ¿Pues qué? ¿No lo vamos a criar, Pánfilo? Por tu vida, ¿prefieres que lo abandonemos? ¿Qué locura es esta? ¡Ah! Ya no puedo absolutamente callarme, puesto que me obligas a decir en presencia de este lo que no quisiera.

¿Crees que yo no entiendo tus llantos y qué es lo que tanto te angustia? Primero, cuando alegaste como causa que no podías tener a tu mujer en casa debido a tu madre, esta se comprometió a marcharse; ahora, viendo que se te ha quitado también esta causa, has hallado otra, a saber, que se te ha ocultado el nacimiento del niño. Te equivocas si crees que no estoy al corriente de tus intenciones. Para que al fin un día encauzaras tu ánimo hacia la vida conyugal, ¡qué largo espacio de tiempo te concedí para que cortejaras a tu amiga! ¡Con cuánta paciencia aguanté los gastos que hiciste a favor de ella! Te solicité y supliqué para que te casaras; te dije que ya era tiempo; y tú a instigación mía te casaste. Lo hiciste entonces, como era tu deber, por complacerme. Pero ahora nuevamente has orientado tu corazón hacia tu amante; los miramientos para con esta son auténticas afrentas contra la otra. Bien veo que has vuelto a las andadas.

PÁNFILO — ¿Yo?

LAQUES — Tú mismo; y tu conducta es indigna. Inventas falsos motivos de discordia para convivir con aquella, luego de haber apartado al testigo que es tu mujer. Y bien lo ha advertido ella; pues, ¿qué otra causa tuvo para salir de tu casa?

FIDIPO — Por cierto este acierta; es así no más.

PÁNFILO — Estoy dispuesto a jurar que ninguno de esos cargos me atañe.

LAQUES — ¡Oh! Haz volver a tu mujer, o di por qué no conviene.

PÁNFILO — No es este el momento.

LAQUES — Recibe al niño, pues él por lo menos no tiene culpa; después pensaremos en la madre.

PÁNFILO — (*Aparte.*) Yo soy desgraciado por los cuatro costados ni sé qué hacer, ahora que con tantas buenas razones mi padre me pone entre la espada y la pared. Me marcharé de aquí, desde el momento que con mi presencia muy poco consigo; pues creo que sin mi consentimiento no criarán al niño, sobre todo cuando en este asunto me ayuda mi suegra. (*Se va.*)

LAQUES — ¡Ah! ¿Te escapas? ¿No me respondes nada de fijo? (*A Fidipo.*) ¿Te parece que está en sus cabales? Pero deja no más. Dame el niño, Fidipo; yo lo criaré.

FIDIPO — Perfectamente. No se comportó en forma rara mi mujer si llevó a mal esos amores; rencorosas son las mujeres; ellas no soportan fácilmente esas torpezas. De ahí ese encono; ella misma me lo contó; yo en presencia del muchacho no quise decírtelo, ni ella le daba crédito al principio; pero ahora la cosa es manifiesta, pues veo que él le tiene profunda aversión al matrimonio.

LAQUES — ¿Qué hacer entonces, Fidipo? ¿Qué me aconsejas?

FIDIPO — ¿Qué hacer? Primero, creo que has de presentarte a esa ramera de ahí, suplicarla, censurarla y finalmente amenazarla con bastante energía si en lo sucesivo tuviera relaciones con él.

LAQUES — Seguiré tu consejo. (*Hacia su casa y llamando a un esclavo.*) ¡Hola, muchacho! Ve corriendo ahí, a casa de nuestra vecina Baquis; cítala acá de mi parte. (*A Fidipo.*) Y tú, por favor, ayúdame también en esta circunstancia.

FIDIPO — ¡Oh! Ya hace rato que te dije y ahora te lo repito, Laques: yo quiero que este parentesco perdure, siempre que de algún modo sea posible, como yo espero. Pero ¿quieres que esté aquí contigo, mientras hablas con esa?

LAQUES — No, sino que vayas y consigas una nodriza para el niño.

## ACTO QUINTO

### Escena I

BAQUIS con dos criadas, LAQUES

BAQUIS — (*Aparte.*) No es sin motivo si Laques ansía hoy celebrar una entrevista conmigo; y, por Pólux, no he de andar muy descaminada en conjeturar lo que él quiere.

LAQUES — (*Aparte.*) Cuidado que por la ira no vayas a conseguir de ella menos de lo que pudieras y que no des un paso de más, que después mejor sería no haber dado. — La abordaré. (*Alto.*) ¡Bienvenida, Baquis!

BAQUIS — Bien hallado, Laques.

LAQUES — Supongo, por Pólux, que tú, Baquis, te has de preguntar con un poco de asombro por qué razón encargué a un esclavo que te hiciera venir acá fuera.

BAQUIS — Sí, por Pólux, y hasta tengo aprensión, acordándome quién soy, de que me perjudique el nombre de mi profesión; pues de mi comportamiento puedo responder fácilmente.

LAQUES — Si dices, mujer, la verdad, no tienes por qué temer de mi parte. Yo, en efecto, he llegado a una edad tal que no sería justo se me perdonara una falta; por eso en todas las cosas procedo con más cautela para no obrar a la ligera. Pues si tú ahora haces o tienes intención de hacer lo que conviene a toda buena mujer, injusto sería si yo te infligiera inconsideradamente una afrenta que no merecieras.

BAQUIS — Razón tengo, por Cástor, para quedarte en esto muy agradecida; poco, en efecto, me aprovecharía si alguien viniera a disculparse después de agraviarme. Pero, a ver: ¿de qué se trata?

LAQUES — Tú recibes en tu casa a mi hijo Pánfilo...

BAQUIS — ¡Ah!... (*Quiere replicar.*)

LAQUES — Déjame hablar. Antes de que se casara con esa vecina nuestra, yo aguanté pacientemente sus amores... (*Baquis de nuevo quiere replicar.*) Aguarda, que aún no he dicho lo que quería. Él ahora tiene mujer, búscate, pues, amante más seguro, mientras tienes tiempo para procurarlo; pues ni él guardará eternamente su actual inclinación ni tú, por Pólux, guardarás tu juvenil atracción.

BAQUIS — ¿Quién dice tal cosa?

LAQUES — Su suegra.

BAQUIS — ¿Dice que yo...?

LAQUES — Tú misma; tanto que se ha llevado a la hija, y por la misma razón ha querido eliminar al niño que ha nacido.

BAQUIS — Si yo conociera otra cosa más santa que el juramento con que pudiera confirmar mis palabras ante ustedes, te la ofrecería, Laques, y te atestiguaría que, desde que se casó, yo tuve alejado de mí a Pánfilo.

LAQUES — Eres delicada. Pero ¿sabes qué quisiera yo más bien que tú hicieras, si gustas, por mí?

BAQUIS — ¿Qué quieres? Dímelo.

LAQUES — Que vayas ahí adentro donde están las mujeres y les ofrezcas ese mismo juramento; dales satisfacción y líbrate a ti de esa acusación.

BAQUIS — Haré esta gestión, aunque sé, por Pólux que ninguna otra mujer de mi condición haría esto, de presentarse por causa semejante a una mujer casada. Pero no quiero que por un falso rumor se sospeche de tu hijo ni que este sin razón aparezca a los ojos de ustedes, es decir, de aquellos a quienes menos debiera parecerlo, un sujeto más frívolo de lo que es; él, en efecto, bien merece de mí que lo favorezca en todo lo que pueda.

LAQUES — Tus palabras ya me han vuelto indulgente y complaciente para contigo. Porque no solo esas mujeres han dado crédito a ese embuste, sino yo también. Ahora que he hallado ser tú diversa de lo que nos habíamos figurado, procura permanecer la misma en lo sucesivo, y entonces podrás disfrutar a tus anchas de nuestra amistad. Pero si cambiaras de actitud... Me voy a refrenar, para no esperar nada que te disguste. Un solo consejo te doy: que experimentes qué tal soy y qué puedo como amigo más que como enemigo.

## Escena II

FIDIPO, con una nodriza, LAQUES, BAQUIS con sus acompañantas

FIDIPO — (*A la nodriza.*) No consentiré que en mi casa te falte nada; antes al contrario, se te proveerá cuanto te sea menester. Pero una vez que tú estés bien comida y bien bebida, haz que el niño también esté bien nutrido.

LAQUES — Ahí vuelve mi consuegro; trae una nodriza para el niño. — Fidipo, Baquis jura solemnemente por todos los dioses...

FIDIPO — ¿Es la que está ahí?

LAQUES — Sí.

FIDIPO — Ni esas mujeres, por Pólux, temen a los dioses, ni los dioses creo que se dignen de mirarlas.

BAQUIS — Te entrego mis criadas y consiento que indagues la verdad sometiéndolas a los tormentos que quieras.<sup>47</sup> Es que en este momento se trata de lo siguiente: he de hacer volver su mujer a casa de Pánfilo; si lo consigo, no me pesa que se diga que yo sola hice lo que otras meretrices rehúsan hacer.

LAQUES — Fidipo, por el hecho mismo hemos comprobado que falsamente habíamos sospechado de nuestras mujeres; ahora, pues, pongamos a prueba a Baquis. En realidad, si tu mujer descubre que ha dado crédito a una calumnia, se le apaciguará la ira; y si la razón por la cual mi hijo está enojado es porque su mujer ha engendrado clandestinamente, esta es una bagatela: pronto, pues, se le pasará el enojo. Por cierto en este negocio no hay nada grave que merezca un divorcio.

FIDIPO — Esto es lo que yo quisiera, por Hércules.

LAQUES — Averigua; aquí la tienes: ella hará lo que sea menester para satisfacerte.

FIDIPO — ¿A qué viene todo esto? ¿Acaso no te dije yo hace rato cuál es, Laques, mi pensamiento con respecto a este asunto? A ellas y no a mí hay que dar satisfacción.

LAQUES — Baquis, te ruego, por Pólux, que cumplas lo que has prometido.

BAQUIS — ¿Quieres pues que por ese motivo entre yo allá?

LAQUES — Sí, ve a darles satisfacción; fuérralas a que te presten fe.

BAQUIS — Voy, aunque sé que hoy mi presencia ha de resultarles odiosa; pues una mujer casada, una vez que se ve dejada a un lado por su marido, se convierte en enemiga de la mujer de vida airada.

LAQUES — Pero ellas se harán tus amigas, cuando lleguen a saber el motivo de tu visita.

FIDIPO — ¡Pues sí!, yo también te aseguro que ellas mismas se harán tus amigas, cuando se enteren del caso. En efecto, las librarás a ellas de engaño y a ti, al mismo tiempo, de sospecha.

BAQUIS — Me siento desfallecer; me da vergüenza presentarme ante Filomena. (*A sus criadas.*) Acompañenme las dos allá dentro. (*Salen.*)

LAQUES — ¿Qué más quisiera yo sino ver lo que a esta le está ocurriendo, a saber, que se torna simpática sin perjuicio para sí y con provecho para mí? Efectivamente, si el caso es que en verdad está separada de Pánfilo, ella sabe que con su gestión presente ganará honra, favor y renombre; le atestiguará su gratitud a Pánfilo mientras, a la vez, trabará amistad con nosotros.

### Escena III

#### PARMENÓN, después BAQUIS

PARMENÓN — (*A solas.*) Por Pólux, en verdad que mi amo menosprecia mis servicios, si por una nadería me envió donde en vano he estado de plantón todo el día, aguardando, allá en la ciudadela, a Calidémides, el forastero de Micon. Así pues, mientras como un bobo estaba ahí mano sobre mano, no bien venía alguno, me le acercaba: “¡Hola, joven! Dime, por favor: ¿eres tú de Micon?” — “No”. — “Pero ¿te llamas Calidémides?” — “Tampoco”. — “Pero ¿tienes aquí un huésped que se llame Pánfilo?” Todos contestaban que nones; y yo creo que ni existe tal Calidémides. Al fin, por Hércules, ya estaba corrido de vergüenza, y me he venido. — Pero ¿qué es esto, que veo salir a Baquis de casa de nuestra pariente? ¿Qué tiene que ver ella ahí?

BAQUIS — Parmenón, a tiempo te me presentas; corre de prisa adonde esté Pánfilo.

PARMENÓN — ¿Para qué?

BAQUIS — Dile que le ruego que venga.

PARMENÓN — ¿A tu casa?

BAQUIS — No, sino a la de Filomena.

<sup>47</sup> Se consideraba, con razón, que los esclavos eran parte interesada; solo en casos gravísimos se los sometía a interrogatorio, pero torturándolos a la vez, a fin de lograr (extorsionar) deposiciones fehacientes.

PARMENÓN — ¿Qué pasa?

BAQUIS — Déjate de preguntar lo que no te importa

PARMENÓN — ¿Nada más le digo?

BAQUIS — Sí, también dile que Mirrina reconoció como perteneciente a su hija ese anillo que él un día me había dado.

PARMENÓN — Entiendo. ¿Eso es todo?

BAQUIS — Sí. Estará aquí al punto, apenas le digas eso. Pero ¿por qué demoras?

PARMENÓN — En verdad que no demoro en absoluto. Hoy ni he tenido tal posibilidad, pues he pasado toda esta jornada andando y corriendo de acá para allá. *(Sale.)*

BAQUIS — ¡Qué alegría he procurado a Pánfilo con mi llegada! ¡Cuántos bienes le he ocasionado! ¡Cuántas inquietudes le he quitado! Le restituyo el hijo, que por su culpa y la de esas dos mujeres casi iba a perecer; le devuelvo su mujer, que él calculaba nunca más poseer; lo he librado de la sospecha en que su padre y Fidipo lo tenían. Y cabalmente este anillo ha sido el comienzo de estos descubrimientos y desenredos. Pues me acuerdo que una vez, hace diez meses poco más o menos, al empezar la noche, vino a buscar refugio en mi casa, todo agitado, sin esclavos que lo acompañaran, bien borracho, con este anillo. De buenas a primeras me asusté. “Mi Pánfilo —le digo—, por tu vida, ¿cómo es que estás tan alterado? ¿Y dónde has hallado ese anillo? Dímelo”. Él se hizo el distraído. Viendo esto, yo formulé no sé qué sospecha; y empecé a instarlo mayormente para que hablara. El joven me confiesa que en la calle había violentado no sé qué mujer y me dice que, mientras ella se debatía para librarse, le había arrebatado el anillo. Pues este es el anillo que hace un momento Mirrina ha reconocido en mi dedo. Al punto me pregunta cómo es que lo tengo; yo le cuento toda esta historia; y así se ha descubierto que fue él quien violó a Filomena y que de ahí le viene este hijo que acaba de nacer. Me alegro de que por mí le hayan sobrevenido tantas alegrías, por más que otras cortesanas no compartirían este sentimiento; efectivamente, no redundará en provecho nuestro que algún amante nuestro halle su dicha en el casamiento; pero, por Cástor, jamás inclinaré mi ánimo a una mala acción por un beneficio de mi profesión. Yo, mientras me estuvo permitido, tuve en él un amigo bondadoso, gracioso y amoroso. Su casamiento, lo confieso, me resultó enfadoso; pero, por Pólux, creo que nada hice para merecer semejante infortunio. Con todo, cuando de uno se han recibido muchas ventajas, justo es que se sobrelleven los disgustos que de él mismo procedan.

#### Escena IV

#### PÁNFILO, PARMENÓN, BAQUIS

PÁNFILO — Por favor, mira otra vez, querido Parmenón, que sean ciertas y claras las noticias que me has referido, a fin de que no me lances a gozar de una alegría falsa y efímera.

PARMENÓN — Ya lo he mirado bien.

PÁNFILO — ¿De veras?

PARMENÓN — De veras.

PÁNFILO — Soy un dios, si es así.

PARMENÓN — Así es; tú mismo lo comprobarás. *(Hace ademán de retirarse.)*

PÁNFILO — Quédate un momento, por tu vida; porque temo creer una cosa mientras tú me anuncias otra.

PARMENÓN — Y bien, me quedo.

PÁNFILO — Pues, has dicho, me parece, que Mirrina descubrió un anillo suyo en el dedo de Baquis.

PARMENÓN — Eso es.

PÁNFILO — El anillo que un día yo le había dado a Baquis; y que es Baquis quien te mandó venir a darme esa noticia. ¿Es así?

PARMENÓN — Es así no más.

PÁNFILO — ¿Quién hay más venturoso que yo? ¿Quién, más rebosante de gozo? ¿Qué debería yo

obsequiarte por tal mensaje? ¿Qué? ¿Qué? No lo sé.

PARMENÓN — Yo, sí, lo sé.

PÁNFILO — ¿Pues qué?

PARMENÓN — Pues nada, porque no sé qué halles de bueno ni en el mensaje ni en mi persona.

PÁNFILO — ¿Puedo permitir yo que se aleje de mí sin recompensa uno que, estando yo muerto, me sacó del Orco y me hizo volver a la luz? ¡Ah, demasiado ruin me crees! — Pero ahí veo a Baquis de pie ante la puerta; debe de estar aguardándome a mí; la abordaré. (*Se aleja de Parmenón, que queda en adelante extraño a la conversación.*)

BAQUIS — (*Adelantándose.*) ¡Bien venido, Pánfilo!

PÁNFILO — ¡Oh Baquis! ¡Oh Baquis de mi alma! ¡Mi salvadora!

BAQUIS — Todo ha ido bien; yo estoy llena de gozo

PÁNFILO — Con tus palabras me haces prestar fe a los hechos. Y tú guardas tu gentileza de antaño, de suerte que tu encuentro con uno, tu conversación y tu visita, donde quiera que sea, es siempre un placer.

BAQUIS — Y tú también, por Cástor, guardas tu carácter y tu corazón de antaño, de suerte que en ninguna parte, entre todos los hombres que viven en el mundo, ni uno se encuentra que sea más amable que tú.

PÁNFILO — ¡Ja, ja, ja! ¿Tu a mí con piropos?

BAQUIS — Con razón te has entregado al amor de tu esposa. Hasta el día de hoy yo jamás la había visto con mis propios ojos como para apreciarla.

PÁNFILO — Di la verdad.

BAQUIS — ¡Pero sí! ¡Así me amen los dioses, Pánfilo!

PÁNFILO — Dime: ¿acaso le has dicho algo de todo esto a mi padre?

BAQUIS — No, nada.

PÁNFILO — Ni hace falta. Pues ¡mutis! No quiero que ocurra como en las comedias, donde todos llegan a enterarse de todo. Aquí, los que convenía que se enteraran, ya lo saben; y los que no conviene que estén al tanto, ni llegarán a enterarse ni tendrán conocimiento directo del asunto.

BAQUIS — Más aún; te confío un dato con que entiendas lo fácil que va a ser mantener el secreto: Mirrina le ha dicho a Fidipo que ha dado fe a mi juramento, y que por consiguiente tú eres inocente a sus ojos.

PÁNFILO — Muy bien. Y espero que este asunto termine a nuestro gusto.

PARMENÓN — (*Acercándose.*) Señor, ¿me está permitido saber de ti qué bien es el que te he hecho hoy, y de qué asunto están ustedes tratando?

PÁNFILO — No, no te está permitido.

PARMENÓN — Sin embargo, yo lo sospecho. (*Aparte, cavilando sobre lo que anteriormente le dijo Pánfilo.*) ¿Yo a este... muerto... del Orco? ¿De qué manera...?

PÁNFILO — No sabes, Parmenón, qué gran servicio me has prestado hoy y de qué gran angustia me has librado.

PARMENÓN — ¡Vaya si lo sé! No lo hice por casualidad.

PÁNFILO — No me cabe la menor duda.

PARMENÓN — ¿Acaso a Parmenón se le puede escapar así, a la ligera, alguna ocasión de hacer algo útil?

PÁNFILO — Acompáñame allá dentro, Parmenón.

PARMENÓN — Te acompaño. (*A los espectadores.*) Verdaderamente, el bien que hice hoy inconscientemente supera a todo el que hice a sabiendas antes de este día.

EL CANTOR— ¡Aplaudan!<sup>48</sup>

<sup>48</sup> La invitación a aplaudir dirigida a los espectadores es en las piezas latinas la forma de rúbrica para indicar su finalización. Según Paratore, tal invitación la realizaba un miembro del *grex* o compañía teatral en metro recitativo, pudiendo también ser entonada por un cantor para obtener un efecto mayor (STL, p. 56, nota 8).

## BIBLIOGRAFIA

(Solamente constan las obras a que se hace referencia tanto en la introducción como en las notas del texto de la traducción)

ASHMORE Sidney G., *The Comedies of Terence*, 2ª edic., New York, Oxford University Press, 1908 (6ª reimpresión, 1962).

BEARE W., *The Roman Stage*, 3ª edic. revisada, Londres, Methuen, 1964.

BIGNONE Ettore, *Historia de la Literatura Latina*, trad. del italiano por Gregorio Halperín, Buenos Aires, Losada, 1952.

COLOMBO Sisto, *P. Terenzio Afro: Adelphoe*, Turín, Società Editrice Internazionale, reimpresión 1953.

COROMINES Joan — COROMINES Pere, *P. Terenci Àfer, Comèdies*, Fundació Bernat Metge, vol. I, II, III, Barcelona 1936, 1956, 1958.

COROMINES Joan, *P. Terenci Àfer : Comèdies*, Fundació Bernat Metge, vol. IV, Barcelona, 1960.

CHAMBRY Emile, *Térence: Comédies*, 2 vols., París, Garnier, 1948.

DICCIONARIO DEL MUNDO CLÁSICO redactado bajo la dirección de Ignacio Errandonea, S. I., 2 vols., Barcelona-Madrid-Buenos Aires-Río de Janeiro- Méjico-Montevideo, Labor, 1954.

DUCKWORTH George E., *The Nature of Roman Comedy*, Princeton, University Press, 1952 (3ª reimpresión, 1965).

HUMBERT Jules, *Histoire illustrée de la Littérature Latine*, París, Didier, 1962.

LA MAGNA Giovanni, *P. Terenzio Afro: Phormio*, Milán, Signorelli, reimpresión 1944.

LINDSAY Wallace M.— KAUER Robert, *P. Terenti Afri Comoediae*, Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis, Oxonii e typographaeo Clarendoniano, 1926 (reimpresión 1953).

LUPO GENTILE Michele, *Terenzio: Adelphoe*, Milán, Signorelli, reimpresión 1955.

MAROUZEAU J., *Térence*, Colección Guillaume Budé, 3 vols., París, “Les Belles Lettres”, 1942-1949 (reimpresión: vol. I, 1963; vol. II, 1956; vol. III, 1961).

PARATORE Ettore, *Storia del Teatro Latino* (Se cita: STL), Milán, Francesco Vallardi, 1957.

PARATORE Ettore, *Storia della Letteratura Latina* (Se cita: SLL), 2ª edic., Florencia, Sansoni, 1961.

PICHON René, *Histoire de la Littérature Latine*, 9ª edic., París, Hachette, 1924.

PIERON Pierre-Alexis, *Historia de la Literatura Romana*, trad. del francés por Antonio Clement, Colección “Obras Maestras”, vol. I, Barcelona, Iberia, 1966.

PUBLIO TERCENCIO AFER, Colección Austral, 2 vols., 2ª edic., Buenos Aires-México, Espasa-Calpe

Argentina, 1947.

RONCONI Alessandro, *Terenzio: Le commedie*, Florencia, Le Monnier, 1960.

RUBIO Lisardo, *P. Terencio: Comedias*, Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos, vol. I, II, III, Barcelona, Ediciones Alma Mater, 1958, 1961, 1966.

SARGEAUNT J., *Terence*, Loeb Classical Library, 2 vols., Londres, Heinemann/Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1912 (7ª reimpresión, 1959).

SERAFINI Augusto, *Storia della Letteratura Latina*, Turín, Società Editrice Internazionale, reimpresión 1962.

STELLA Salvatore, *P. Terenzio Afro: Hecyra*, Milán, Signorelli, reimpresión 1952.

VOLTES BOU Pedro, *Terencio: Comedias*, Colección "Obras Maestras", Barcelona, Iberia, 1961.